

211.617

2116.7

CUADERNOS DE CULTURA
SEGUNDA SERIE

3

ENRIQUE JOSE VARONA

PAGINAS CUBANAS

INTER-AMERICAN DEMONSTRATION CENTER
OF UNITED STATES OFFICE OF EDUCATION
EVANDER CHILDS HIGH SCHOOL
900 EAST GUN HILL ROAD, N. Y.

PUBLICACIONES DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
DIRECCIÓN DE CULTURA
LA HABANA, 1936

MANIOC.org

Université de Caen Normandie
Service commun de la documentation

CUADERNOS DE CULTURA

PRIMERA SERIE

1

GABRIELA MISTRAL: LA LENGUA DE MARTI.
(Agotado)

2

PBRO. FÉLIX VARELA: EDUCACION Y PATRIOTISMO. (Agotado)

3

JOSÉ MARTI: EDUCACION. (Agotado)

4

JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO: FILOSOFIA Y PEDAGOGIA. (Agotado)

5

JOSÉ ANTONIO SACO: IDEARIO REFORMISTA.

6

MÁXIMO GÓMEZ: RECUERDOS Y PREVISIONES
(Agotado)

SEGUNDA SERIE

1

JOSÉ MARTÍ: HOMBRES DE CUBA.

2

G. GÓMEZ DE AVELLANEDA: SELECCION POETICA.

3

ENRIQUE JOSÉ VARONA: PAGINAS CUBANAS.

211617

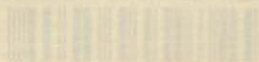
INSTITUTO DE CULTURA
LIBRARY
EVANDER CHILES HIGH SCHOOL
800 E. Sun Hill Rdr

PAGINAS
PAGINAS CUBANAS
CUBANAS



PUBLICATIONS DE LA SOCIÉTÉ DE ÉDUCATION
DIRECCIÓN DE CULTURA
TALLERES DE CULTURA "ALBERTO MARTEL" - HABANA

511 CAEN - DROIT - LETTRES



MANIOC.org
Université de Caen Normandie
Service commun de la documentation

51617

LIBRARY
LAWRENCE & HILL HIGH SCHOOL
800 E. Main Ave. No.

PAGINAS CUBANAS



TALLERES DE CULTURAL, S. A. - PI Y MARGALL, 135. - HABANA

211617

CUADERNOS DE CULTURA
SEGUNDA SERIE
3

ENRIQUE JOSE VARONA

PAGINAS
CUBANAS



PUBLICACIONES DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
DIRECCIÓN DE CULTURA
LA HABANA 1936

B.U. CAEN - DROIT - LETTRES



D

0065286171

MANIOC.org

Université de Caen Normandie
Service commun de la documentation

*L*a obra de Varona,—los enterados lo saben,—es múltiple. El fenómeno se da con frecuencia en nuestros países de América: el talento pocas veces se dedica a una especialidad. Fuera de la Medicina, son escasos los especialistas. No es así en Europa. Entre nosotros, en efecto, un Lanuza, especializa, es cierto, en Derecho Penal, pero dedica buena parte de su tiempo y sus energías a la tribuna política, a labores parlamentarias, a atenciones de bufete.

Varona escribe, habla, enseña desde la cátedra. Fué nuestro filósofo desde 1880, en que ofreció sus cursos. La crítica cubana lo cuenta entre sus más autorizados guías. Los problemas públicos del país le preocuparon desde fines del siglo pasado, y, bien visto, durante la República lo más importante de su ejecutoria consiste en sus trabajos políticos: discursos, artículos, car-

tas. Y muy señaladamente, su conducta de ciudadano y de jefe de partido.

Varona vivió unos cincuenta años preocupado por la suerte política de Cuba. Pienso que en rigor, y acaso, acallando la apetencia intelectual de otras aficiones, como las letras y los mismos estudios filosóficos, fué la vida del Estado,—del nuestro, inseguro, minado por taras históricas,—su mayor preocupación de pensador y de hombre.

No fué un expositor, doctrinario de la Political Science. Miró al fondo de la estructura social cubana; se fijó en nuestras fuentes de riqueza; notó el carácter de nuestras relaciones con los Estados Unidos. He ahí los tres lados de la cuestión cubana, conforme a su visión de sociólogo. No invoca en ninguno de sus escritos políticos los asendereados Derechos del hombre y del ciudadano, que proclamó la Revolución francesa de fines del siglo XVIII, y que resonaron tanto en las Constituciones como en los discursos de la centuria pasada. No caló en su ideario,—para decirlo de otro modo,—eso que Sanguily llama “espíritu metafísico de la Revolución Francesa”, en

su libro *Oradores de Cuba*. Se explica, pues, Varona, positivista, o mejor, fenomenalista, observador en filosofía, no debía de ser mentalmente propenso a adoptar en Política esos esquemas armónicos, que son en la economía de la cultura occidental, una de las últimas construcciones del Racionalismo.

Nada de eso. Criterio realista es el de Varona. Examina los hechos, tales como se generan y aparecen en la vida nacional. Desconfía de esa actitud generosa, optimista del Derecho Político, que preconiza el sufragio universal. Su credo es, sí, el liberalismo democrático del siglo XIX, pero ante los hechos, toda cautela le parece poca.

El volumen *De la Colonia a la República* recoge buena parte de la obra política del pensador camagüeyano, muerto ha poco tiempo, y objeto de vivo estudio actualmente. Se incluyen en este cuaderno algunos de esos escritos, que deben ser conocidos en todo el país.

Piense el lector que Varona alcanzó renombre científico y literario en Cuba y en el extranjero, y no fué, no obstante, un

hombre de popularidad. Nunca entró en ella. Veamos el fenómeno. En efecto, nos lo explicaríamos fijándonos en sus Conferencias filosóficas, destinadas, necesariamente, a una minoría. Por razón de sus trabajos literarios,—de subida calidad estética y crítica,—también se admite con facilidad el hecho. Ni por la filosofía (sobre todo la suya, casi limitada a ciencias particulares sin esbozo de sistema), ni por la literatura fué Varona una figura popular. Pero podría pensarse que su actuación y sus páginas políticas le hicieran entrar en ese mundo en que los hombres van como diluídos en el ambiente de su época. Lo cierto es que no tuvo popularidad como político.

¿Por qué? En parte porque pertenecía a las que Bunge llama “superioridades discordantes”, con respecto a su medio y a sus conciudadanos. La mejor respuesta, empero, la encuentro en palabras del propio Varona. Las cito ya que a más de explicar el caso de su carencia de popularidad, (en lo cual no hay mengua), indican la actitud fundamental del grande hombre nuestro, en su visión del mundo. Se refiere a determinado

tipo de escritores y dice: "La seguridad del autor se apodera fácilmente del lector, y a fuerza de ser enérgico su sentimiento, subyuga a la generalidad de aquellos a quienes se trasmite por la lectura. El hombre necesita afirmaciones o negaciones. Hay que decir sí o no. Los que están convencidos de que casi nunca es posible decirlo con perfecta certeza, deben resignarse a no producir efecto". Nada más, y basta para entender la posición del pensador y la causa de su distancia de las masas.

En cambio supo descubrir y señalarnos como nadie los resortes psicológicos y éticos de aquella influencia,—sin semejanza entre los guiadores políticos modernos,—que tuvo Martí sobre las muchedumbres. Claro está que la fibra apostólica y la bondad infinita realizan ese milagro. En Varona el aspecto político no cobró nunca coloración de prédica fervorosa, sino que fué una modalidad reflexiva de su mente ponderada.

De todas suertes,—y ya lo he advertido en otra parte,—es curioso que haya sido Varona el más luminoso intérprete de la misión de Martí como apóstol, esto es, como

vocero de un pueblo, como hombre de mesiánica popularidad.


Leamos estas páginas que hoy se reeditan para su mayor divulgación. Repárese en la severidad (a veces sequedad) del estilo en algunos artículos políticos, transidos de desasosiego, y nótese cómo el idioma se le transfigura a Varona cuando sube por caminos, a la vez de análisis y de fervor, a la esfera de su grande amigo, genio de América.

Medardo VITIER.

MARTI Y SU OBRA POLITICA

Discurso pronunciado en la velada conmemorativa de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, la noche del 14 de Marzo de 1896.

Señoras, señores:

 SEAN mis primeras palabras expresión de gracias para vosotros. Tan brillante concurso colma los deseos de la Sociedad Literaria, que os ha convocado, a vosotros, sus amigos, para honrar la memoria de uno que fué amigo de todos cuantos supieron amar lo bello y admirar la grandeza de alma, porque llevaba su mente poblada de imágenes bellas, y su corazón latía por todo lo excelso y heroico. La Sociedad contaba con vosotros para pagar esta deuda de gratitud y amor a uno de sus presidentes más queridos, que aquí, como en todas partes, ha dejado huella luminosa para marcar sus

pasos y coro de alabanzas para acompañar su nombre. ¿No fué él quien dijo que los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa y de toda casa familiares? La Sociedad contaba con vosotros para rendir este póstumo tributo al literato insigne, al orador elocuente, al patriota fervoroso, caído antes de tiempo, pero ya desde antes colocado, por sus extraordinarios merecimientos, en la gloriosa constelación de los héroes de América.

No podía, ni debía la Sociedad Literaria abstenerse de tributar este público homenaje a su presidente José Martí, porque muchas de las páginas brillantes de su historia fueron escritas por la mano de aquel que, en medio de una vida vertiginosamente atareada, para todo tuvo tiempo y en todo ponía su corazón entero, que era fuente inagotable, y la totalidad de sus fuerzas, que no parecían conocer la intermitencia, ni la fatiga. Martí hacía florecer cuanto tocaba, porque sabía aprovechar la más débil chispa, y, calentando los corazones, producía con unas cuantas ramas secas un incendio. A todos aquí comunicó vigor, por todos la-

dos esparció vida, y la Sociedad Literaria floreció en su tiempo, como si la mano gentil de un hada hubiera trazado en torno suyo círculo resplandeciente.

Nadie hubiera podido sospechar al verlo afanarse, multiplicarse, acudir a todo, improvisar fiestas, ampliar los programas y el objeto de esta sociedad, sacando recursos no se sabe de donde, allegando elementos valiosos, armonizando aptitudes, concertando voluntades, que esta impaciente actividad, que esta premiosa tarea no eran sino descanso para su espíritu, hostigado por otros propósitos más altos, persiguiendo otro ideal más remoto, empeñado en otra más grande empresa, en la suya verdadera, en la definitiva, en la de su existencia, en aquella para la cual todas las demás que emprendía y acababa no eran sino preparación y bosquejo. El artista probaba su mano en trabajos efímeros, para tenerla flexible y educada cuando hubiera de ponerse a la obra maestra.

En todas las tareas que se impuso encontró siempre dóciles sus múltiples aptitudes, porque esas varias y brillantes fa-

cultades, esas luminosas facetas de su gran inteligencia, convergían todas, como los radios al centro, a una facultad suprema, que las animaba y vigorizaba: el entusiasmo. Su portentosa fantasía desplegaba las alas a todos los vientos del espíritu, mas no para vagar al acaso, con la facilidad gallarda del mero dilettante; sino para buscar por cada rumbo lo mejor, lo más exquisito, la flor de perfección que soñaba, y que su corazón ardiente le hacía amar con indecibles transportes. Amó siempre su obra. He aquí el secreto de sus grandes éxitos. Era cada una la hija predilecta, en las horas de preparación y labor, y la concebía y la quería la más gallarda, la más hermosa, la más acabada. No colocó su ideal en un mundo inaccesible. Quiso y logró esculpirlo en la roca de la realidad. Dió valor a cada situación de su vida, precio a cada trabajo. Hizo cada vez y en cada caso lo más y lo mejor que pudo. No hay regla de vida más alta, ni más fecunda.

Atravesó la vida como quien lleva en las manos antorcha y pebetero. Mas cuando llegaba el caso, quitaba del cinto el hacha o

bajaba del hombro la piqueta y las empuñaba con resolución. Quería alumbrar y perfumar; pero sabía que muchas veces es preciso antes descuajar el bosque, o acabar de derruir el edificio carcomido y ya inservible. Mas destruyera, preparara o edificara, todo lo hacía como si no hubiera de hacer otra cosa. Sabía que éste era el medio, el único medio de hacer al cabo la grande obra, que era el imán de su alma, la que sentía palpar debajo de las otras, como se siente bullir el agua profunda en las entrañas de la roca.

Por eso fué su vida al parecer tan compleja. Peregrinó por el mundo con una lira, una pluma y una espada. Cantó, habló, escribió, combatió; dejó por todas partes chispas de su numen, rasgos de su fantasía, pedazos de su corazón; pero en cualquier ruta, por todos los senderos, su vista estaba siempre fija en la solitaria estrella, que simbolizaba su honda y perpetua aspiración de hogar y patria. De su poesía se exhala en perfume sutil la nostalgia del desterrado. Cuando su pluma corre sin freno sobre el papel, cuando su palabra se desborda desde

la tribuna, se adivina que lo aguija, que lo impulsa la visión distante de Cuba que lo llama, y le pide que escriba para ella y que hable por ella, y alumbre las conciencias y encienda los corazones. Aquí está la nota profunda de su alma y esto constituye la unidad perfecta de su vida. Martí poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado, no fué en el fondo y siempre sino Martí patriota. Para ver y abarcar desde un punto central la existencia tan accidentada de este grande hombre, nada es tan adecuado como considerar su labor política. Esta es la esencia; las demás fases de su vida pública son detalles y accidentes.

Cuando se veía a Martí silencioso, la espaciosa y limpia frente decía inteligencia; los ojos dulces, profundos y melancólicos sobre toda ponderación, decían arte, denotaban la honda simpatía de un alma con todas las cosas tristes, que son ¡ay! las más bellas en la vida del hombre. Pero cuando Martí hablaba, de tal suerte vibraban sus palabras, las recorría tal flúido de vida brotando a borbotones, que empezaba a com-

prenderse que el soñador escondía un verdadero hombre de acción. Y si entonces se le veía levantarse nerviosamente ágil, dirigirse rápido a la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla y empezar a dar salida al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de cauce demasiado estrecho para contenerlos, el simétrico cerco de su cabellera tomaba forma de aureola, y el orador se transfiguraba en apóstol. Se comprendía entonces que aquel hombre hablaba para obrar, y que su palabra era fuego para calcinar corazones empedernidos y palanca para levantar pueblos aletargados.

Martí no era un político especulativo. En el gabinete, delante del libro, pensaba en el club, veía la plaza pública, rebosando de multitudes afanosas, oyendo la arenga tribunicia que las llama a la conquista del derecho. Los problemas políticos no tenían para él objeto, si no se resolvían por la concertada acción de sucesos provocados y previstos. Su temperamento artístico lo hacía encarnar abstracciones y teorías en hombres y pueblos. Su refinamiento moral lo hacía

comprender que no se justifica la acción sino por el bien que de ella resulta. El artista concebía un ideal político, hermoso y apetecible; el moralista lo cotejaba con la realidad imperfecta y deforme; y por eso aborrecía ésta con todas las fuerzas de su corazón generoso e iba en pos de aquél con todo el ímpetu de su voluntad indomable. Martí era y tenía que ser lo que fué, un gran agitador político, un Mazzini, un Kosuth, un Stambuloff.

Temprano lo consagró la vida, temprano lo ungió el dolor para su duro apostolado. En el albor de la existencia, niño de diez y seis años, algunas líneas llenas de fuego juvenil, algunos versos en que se estremecía su ansia de adolescente por la libertad, lo condujeron maniatado ante un tribunal español, ante un consejo de guerra; y por esos enormes delitos, el niño imberbe sintió que manos brutales remachaban en sus piernas un ignominioso grillete. El primer contacto de su alma pura con el poder brutal que dominaba su patria fué ese cruel ultraje a la dignidad humana, respetable siempre, más respetable en la primera mocedad, risueña

e inocente. Aquel niño soñador, de espíritu immaculado, fué confundido en un presidio con criminales soeces, porque había escrito algunos artículos de periódico y un ensayo de tragedia. Todo el horror del sistema colonial de España se le reveló de una vez y para siempre. Los estólidos verdugos que cargaron de cadenas aquel niño endeble, no podían sospechar, en la estrechez de sus entendimientos, el ángel vengador que había de surgir de entre aquellos hierros, armado con la lengua llena de imprecaciones y con la espada fulminante de rayos.

El niño se hizo hombre en el dolor inmerecido y en la ignominia injusta, y el hombre comprendió su vocación irrevocable y se sintió profeta. Profeta para estigmatizar la protervia de la tiranía más inicua, y profeta para evocar, predecir y apresurar la resurrección, la regeneración del pueblo, que bajo esa tiranía agonizaba. Su espíritu entra desde entonces en ebullición, desde entonces comienza su labor perenne, su incesante actividad, el batallar que no había de encontrar descanso hasta la hora suprema de la final y gloriosa batalla. Su primer arma fué

la pluma, su primer palenque la tribuna. Libertado de sus hierros, que son el primer timbre de su ejecutoria de mártir, sale desde luego a la plaza pública a predicar su cruzada. El tirano lo había arrancado de su Isla amada y lo había conducido al suelo de la aborrecida Metrópoli. Allí se encontró, y aceptó aquel campo para empezar la lid. No le importaba tener el sol de frente, ni que los jueces fueran sus verdugos. Desde entonces, y como siempre, tenía fe, fe profunda en la justicia de su causa.

Su primer folleto es una denuncia generosa del más nefando de los crímenes que comete España contra los cubanos, cuando mezcla al patriota, en contubernio indigno, con el criminal, lo carga con la cadena infamante y lo somete al palo del cómitre sin dignidad y sin entrañas. Martí, condenado a presidio por un conato de delito político, protestaba contra la infamia sin tamaño de hacer purgar con una pena degradante el crimen de amar la patria y la libertad. Se dirigió a España, que pretendía entonces arrancar de sus hombros el manto de plomo de cuatro siglos de opresión, se encaró con

ella, con la España revolucionaria, creyendo que su noble protesta sería escuchada; pero España ha sido siempre sorda, cuando la voz de un cubano le ha pedido justicia.

El político adolescente no se engañó ya un solo instante. Vió y midió en toda su profundidad el irreducible antagonismo que divide la vieja sociedad europea, amasada de preocupaciones y fanatismos, y la joven sociedad americana, llena de anhelos de progreso y libertad. Comprendió que la política colonial de España gira automáticamente sobre un eje, cuyos dos polos se llaman dominación y explotación; mientras que toda colonia necesita para desenvolverse con fruto aprovechar sus recursos y ser dueña de sus actividades. No se le podía ocultar, por tanto, que sobre el tronco carcomido y anémico de la Metrópoli decrepita ningún renuevo podía crecer vigoroso, y que el único remedio al mal era dividirlo de la vieja cepa, arrancarlo, para que encontrase mejor y más rica savia en suelo propio. Martí llegó por el raciocinio a donde ya había llegado antes por el sentimiento, y fué desde entonces lo que había de ser siempre, separatista.

Su ideal político tenía ya forma definida: la independencia de Cuba.

Esta idea determina la orientación del resto de su vida. Ya no hará nada, no producirá nada que no tienda a encarnar ese gran designio en los actos que han de realizarlo. Como el austero y noble Mazzini, con quien tiene tantos y tan característicos puntos de contacto, puede escoger por lema de su bandera: "Pensamiento y acción". Se proclama la república en España—sueño de una noche de verano—, y el mozo, que perora en las aulas y en los cafés, se va ante Figueras a pedirle la independencia de su patria. Se discute en las academias la manera de que el lazo federal mantenga unidas a Cuba y España, y Martí habla hora tras hora, batalla como un gladiador contra una cohorte, desbarata todos los argumentos, y mantiene que Cuba se basta a sí misma, y que debe aspirar a brillar sola, una estrella más en la pléyade de las repúblicas americanas.

Como no encuentra en torno calor ni simpatía, y el espíritu no desciende de lo alto para abrir aquellos oídos, ni calentar

aquellos corazones, Martí deja a España y comienza su larga peregrinación por gran parte de América. Reside en México y en Guatemala, donde sus múltiples aptitudes y su vertiginosa actividad le ganan nombre, estimación y honores. Escribe para periódicos y para el teatro, pronuncia discursos, enseña, y gana por todas partes corazones para sí y amigos para Cuba. Habla a esos pueblos libres de un pueblo hermano que está esclavo y derrama su sangre por la libertad. A esos americanos dice que el equilibrio de América está mal ajustado, porque falta una pieza central al grandioso mecanismo. Y lo dice tan hermosamente, que las almas se abren y reciben la simiente fecundada.

En lo mejor de su propaganda, caen rendidos por la fatiga y la indignación de su aislamiento los héroes de nuestra primera guerra de independencia. España brinda y consigue laboriosamente la paz. Martí se detiene un momento con amargura y dolor, no con asombro. Pero es sólo un momento. Mira hacia atrás el resplandor del gran incendio que se extingue y lanza las últimas

llamaradas, fija sus ojos profundos en el porvenir donde sólo se condensan tinieblas, y echa de nuevo a andar solo y en medio de la noche. Va solo, pero va adelante; va en la oscuridad; pero sigue un rumbo. Lejos, muy lejos, detrás del nubarrón espeso que cierra el horizonte, rutila todavía para él con luz inextinguible la estrella polar de su vida.

Vuela a Cuba, como si quisiera, nuevo Anteo, cobrar fuerzas con el contacto de la madre tierra. Quiere ver por sus ojos el suelo sembrado de escombros, y quiénes son los obreros del edificio que sobre ellos intenta levantarse. Quiere vagar por los campos de batalla y preguntar a las tumbas sin nombre si el espíritu de libertad yace enterrado en ellas para siempre. Quiere acercarse a los fatigados combatientes, y a los que ahora de refresco han escogido otro campo para otras lides. Quiere oír a los conformes y a los inconformes. Quiere hablar de cerca a Cuba, y que Cuba le responda.

La respuesta no debió ser contraria a sus deseos, ni a sus designios, pues a poco se le oye tronar en la tribuna, y se sospecha

que predica en secreto. La carrera del propagandista y del conspirador fué en Cuba corta. El volcán, que parecía apagado, se sacude y despierta en breve aunque amenazadora erupción. El levantamiento de 1879 aborta, pero no sin gloria. Es la protesta que se hace oír, en los días mismos en que la resignación a la derrota se preconizaba como un triunfo. Con motivo de los graves sucesos de Oriente, la mano del gobierno español cae otra vez sobre Martí, lo aprisiona, lo arranca de Cuba y lo confina a España.

Martí se yergue altaneramente bajo el golpe, rompe el confinamiento, y asume de una vez para siempre la noble actitud de rebelión, que ha de conducirle al sacrificio y a la inmortalidad. Rebelarse parece siempre fácil. Rebelarse en los momentos y en las condiciones en que lo hizo el patriota cubano, resulta, sin embargo, extraordinario. Cuba yacía desangrada e inerme después de dos luchas tremendas. Si algo parecía flotar sobre ella era el anhelo de paz, para restañar las heridas y recuperar las fuerzas. Las poblaciones, cansadas de es-

grimir las armas de la guerra, se afanaban sólo por emplear los instrumentos de la paz. El lema era reconstrucción. Reconstruir ¿qué? Primero lo material, la casa en que abrigarse, la industria de que mantenerse; después, si había tiempo, se pensaría en las necesidades del espíritu, en las exigencias de la dignidad cívica, en las reclamaciones del derecho. Cada cual honraba y lloraba sus muertos; pero era difícil saber si alguien creía posible que resucitara la gran idea por la que habían sacrificado sus vidas. Si acaso, otras generaciones en lo venidero se encargarían de la ardua empresa. La actual había cumplido su deber y tenía entre las manos su labor. España podía estar tranquila; la colonia vencida iba a comenzar de nuevo a trabajar para el fisco y la burocracia, que representan y encarnan su soberanía.

Un joven que vagaba sin hogar por el mundo, pensó que los cansados se engañaban en su cansancio, que los descreídos se engañaban en su falta de fe y los desesperados en su falta de esperanza. Pensó que la generación de entonces no había acabado,

sino suspendido su tarea; y que, si era preciso, la nueva iría a ayudarla y sabría ayudarla. Pensó que no hay transacciones con la libertad, que se conquista o se pierde; y que ningún pueblo, si es digno del nombre de tal, puede resignarse a perderla. Creyó que cuando se saca la espada por ella, se la puede bajar para tomar alientos, pero no se la debe envainar. Y en sus sueños de gloria y dignidad patriótica, se vió a sí mismo con la espada de Cuba desnuda en las manos.

Tenía fe en sí, en la pureza de su intención, en la eficacia del derecho. Y no necesitaba más. Ya desde entonces abrigaba la convicción, que expresó con noble confianza antes de lanzarse a la tremenda obra, y podía decir, como después: “Yo alzaré el mundo”. Y se puso a levantarlo, con su corazón y su genio.

Dos fases tenía la obra que iba a emprender el proscrito. Dos, cada una de las cuales exigía un hombre entero. Buscar elementos y simpatías fuera de Cuba, para ayudar eficazmente la empresa; reanimar espíritus, concordar voluntades, y dar plan y dirección a los que habían de ejecutarla dentro. En ca-

da una de estas labores Martí estuvo a la altura de su inmensa dificultad, y en una y otra se reveló dotado de las aptitudes más singulares y eficaces. Su sagacidad, su constancia, su asiduidad, su conocimiento de los hombres y de los pueblos con quienes se ponía en relaciones, lo justo de su criterio y de su apreciación de los sucesos y de las circunstancias políticas, todo en él fue notable, todo extraordinario; pero aquello que lo señala y pone a un lado, aquello que lo eleva sobre muchos que han poseído y poseen esas mismas prendas, es la cualidad maestra, la que constituye a los directores de hombres y a los jefes de pueblos: su facultad de armonizar, de organizar. Manejar a los hombres sin violencia, tomar sus pasiones, sus creencias, sus ideales como una blanda masa, para echarla en el molde adecuado, hacer que sus fines personales, particulares, se subordinen espontáneamente al fin común, que sus fuerzas individuales concurren sin torcerse ni resistirse a formar la fuerza colectiva, no hay nada más arduo. Y cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana sa-

ben que venció todas esas dificultades, y logró hacer de grupos dispersos, descorazonados y casi hostiles, un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto a los mayores sacrificios. Se dirá que su acción enérgica sobre la multitud dependía de que lo animaba la misma pasión, abrigaba la misma creencia, tendía al mismo ideal que todos aquellos hombres. Ciertamente; pero en él todos esos estados de alma se encontraban tan de relieve, tenían tal vigor y lograbán de tal modo exteriorizarse, que se imponían a los demás como una fascinación; ellos reconocían en él su propio espíritu y lo seguían con plena confianza. Creían en Martí, porque Martí sentía como ellos y era sincero. No hay grande hombre, sin una gran sinceridad.

En la emigración cubana de los Estados Unidos supo encontrar el revolucionario su primer punto de apoyo. El propagandista necesitaba otros de diversa índole; y reanudó su peregrinación por América. Antes había ido por aquellos pueblos buscando hogar; iba ahora buscando patria. No a pedir a ninguno patria prestada, sino a decirles

que debían ayudarle para que la tierra en que había nacido, hermana de ellos por la naturaleza y la historia, pudiera ser patria de sus hijos. Les mostraba a Cuba, la hermosa y triste Cenicienta del hogar americano, sola y sin amigos. Les pintaba su belleza y les refería sus infortunios. Y les hablaba de Europa despótica y de América libre, y les decía que la libertad americana sería sólo un nombre hueco mientras en el corazón del continente hubiera pueblos donde el europeo dominador pusiera la planta como amo, por derecho de conquista.

La palabra de fuego del proscrito labró en el corazón de muchas gentes. A su paso sentía rebullir el corazón del Nuevo Mundo. Quizás entonces, en sus horas de insomnio, el soñador inspirado vió muchas veces llegar la hora solemne de la lucha, contempló a Cuba como inmenso campo de batalla, en que un joven David se alzaba desarmado, recogiendo del abrupto suelo el guijarro vengador para asestarlo sin miedo contra el soberbio Goliat; y al rumor de la lid y al clamor de los combatientes, le pareció que por las crestas alterosas de la Sierra y de

los Andes se empinaban, en su dignidad y en su gloria marcial, las repúblicas vencedoras de España, miraban con júbilo el glorioso espectáculo, enviaban sus voces de aliento al mancebo animoso, y se precipitaban al cabo en su ayuda, desplegados al viento los pendones fulgurantes de Junín y de Ayacucho. ¡Ah! su espíritu generoso no pudo nunca presentarle la visión sombría de la América latina, dormida sobre sus laureles, mientras a pocos pasos en suelo americano, se desangra un pueblo, en lucha desigual, lanzando el mismo grito de guerra que le enseñaron los próceres de la emancipación del continente.

Mas de seguro, si alguna vez lo hubiera turbado tan triste presentimiento, su ánimo fuerte no se hubiera abatido. Martí esperaba en América, pero sobre todo confiaba en Cuba. Esta fué su mayor grandeza. Y esto demuestra que estaba más compenetrado que ningún otro cubano del espíritu de su pueblo. La aspiración generosa que circulaba, como savia fortificante, por su alma, él la sentía palpar en el alma de Cuba. Cuando todos o casi todos la creían descora-

zonada, recogiendo trabajosamente los restos de su manchada opulencia, para vivir la vida de los sentidos, él sabía que allá en lo íntimo de su pecho resonaban las sílabas del conjuro poderoso que la maga libertad había destilado en sus oídos. Él sorprendía los relámpagos de ira santa que pasaban por sus ojos, fijos en la tierra. Él escuchaba la elegía melancólica que salmodiaba en la noche. Él sabía que la postrada esperaba ansiosa la hora de sentirse fuerte, para saltar en pie; y que la sumisa tenía siempre en los labios el reto con que había de provocar a la batalla decisiva.

No lo engañó su noble confianza. Por cada colaborador animoso que encontró fuera, encontró cien aún más animosos dentro. Mientras la obra pública de organización del partido revolucionario en el extranjero atraía las miradas y hasta las sonrisas compasivas, la obra secreta de la conspiración se ramificaba a escondidas por toda la Isla, ganaba prosélitos en todas las clases, se apoderaba del campo, minaba las poblaciones, se extendía como red de apretadas e invisibles mallas, y se adhería a todos los

miembros del organismo social. Mientras en la superficie nada parecía irregular, y sólo algunas pequeñas trepidaciones rompían de cuando en cuando su monótona tranquilidad, el fuego interno corría por las entrañas de la tierra, y se acumulaba en los lugares que habían de servir de cráter para expelerlo en conflagración estruendosa.

Martí, que impulsaba y seguía ese trabajo subterráneo, Martí, que sabía como pensaba y lo que quería y lo que estaban dispuestos a hacer los más, los que no hablaban ni se exhibían, pudo por entonces contestar a un cubano distinguido, que trataba de disuadirlo de su empeño, encareciéndole la poca disposición del país desvelado con otros propósitos, una frase luminosa que caracteriza gráficamente su obra. Le decía su interlocutor que la revolución se asfixiaría al nacer en una atmósfera de indiferencia, si no de hostilidad, y Martí le contestó sonriendo: "Usted ve la atmósfera, y yo veo el subsuelo". Aquí estaba todo. Su mirada profética había entrado desde mucho atrás en las entrañas del pueblo, y ahora sabía que todas las corrientes

profundas estaban encauzadas, y que cuando Moisés tocara la roca, se precipitarían en catarata desbordada que ningún obstáculo podría detener.

Martí vió más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo. La grandeza de su ideal explica la profundidad de su mirada. Y su entusiasmo, fortalecido por el dolor y el trabajo, le sirvió más que a otros su ciencia. En su labor de años, de muchos años, no conoció la fatiga ni la impaciencia. Por eso pudo aguijar a los cansados y refrenar a los impetuosos. Seguro de sí mismo, supo estarlo de los demás. Tenía un talismán supremo, y era que estaba dispuesto al sacrificio. Toda su vida sufrió por Cuba: sufrió el destierro, sufrió la pobreza, sufrió la burla, sufrió la calumnia, sufrió el desconocimiento de los que más estimaba, y el apartamiento de los que más amaba. Pero tenía que seguir, debía seguir, solo o acompañado, y siguió. Al cabo se encontró acompañado por todo su pueblo.

Cuando llegó la hora marcada en el reloj de su previsión, todo estaba listo. Soldados

y jefes no esperaban más que la señal. El pueblo estaba detrás para seguirlos, para identificarse con ellos. El apóstol había concluido su obra de apostolado. Lo esperaba ya la hora del martirio. Su corazón profético se lo había dicho: "Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber". Cuando estalló la lucha que había preparado, creyó que el deber lo llamaba a la lucha, y fué a la lucha. Dió la cara a la muerte, que lo esperaba artera. Pero él daba siempre la cara. Voló a Montechristi, donde residía el veterano General, que en su pensamiento simbolizaba el destino de su patria libre, se abrazó a él como a un lábaro santo, y en imperceptible esquife, con sólo tres hombres, se lanzó al mar proceloso, pudiendo decir, nuevo César, mejor que César, "la fortuna de Cuba va conmigo". Pisó la tierra amada, la pisó de nuevo, como lo había soñado, con el acero libertador levantado en alto. Un solo instante fulguró en el cielo de la patria, que se precipitó a recibirlo. Al levantarlo, cayó fulminado. El águila desapareció entre rayos. Cayó como un titán, pero cayó en lo alto, después de haber

escalado el cielo. Y el mundo, que había sostenido en sus brazos, no se hundió con él. Había preparado diez mil brazos para recibirlo.

Grande en la vida y en la muerte, heroico en el aspirar y en el ejecutar, así fué Martí. Ayer se le miraba como un conjunto de raras y contrapuestas cualidades. Hoy, a nuestros ojos asombrados y entristecidos, su vida nos aparece hecha de un solo bloque de indestructible granito. Martí fué un hombre tipo. Uno, por la fijeza de su idea, uno por la firmeza de su carácter. Todo lo inmoló por esa idea, que no era otra sino la redención de un pueblo. El artista exquisito olvidó su arte, el hombre apasionado sus afectos. Martí se desposeyó de sí mismo por completo, y por completo se dió a Cuba. Demasiado sabía lo que cuesta esa consagración. Mas nunca se le vió vacilar. Aunque sus pies sangraran, proseguía su camino; aunque desgarraran sus oídos los silbidos y los insultos, continuaba mirando hacia adelante. ¿Qué obstáculo podía detenerlo? ¿Qué riesgo amedrentarlo? Sabía él que la mirada de Cuba lo seguía, y estaba dispues-

to a merecer esa preferencia para enseñar a los otros a merecerla. Sabía más, sabía que iba a la muerte; lo presintió, lo profetizó. Pero, ¿qué le era la muerte, si lo que él quería era dar vida a un pueblo? Para que resplandeciera en lo más alto la pureza de su corazón, sería quizás necesario que una bala enemiga la traspasara. No importaba. Él iría a desafiar la bala enemiga. Pero entonces sus enemigos, que eran los enemigos de Cuba, tendrían que callar avergonzados; y este silencio sería el principio del triunfo de Cuba. Él no lo presenciaria, no disfrutaría de sus beneficios. Tampoco importaba, si ya su obra estaba realizada y Cuba recogía el fruto glorioso y sangriento.

¿Cabe mayor grandeza de alma? No, no hay vida más digna de admiración que la del patriota cubano José Martí. Sus amigos íntimos lo reconocían, cuando le daban el noble y cariñoso título de maestro. Los cubanos todos lo reconocemos, cuando lo veneramos con el nombre insigne de mártir. Fué maestro que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral. Y por su vida de abnegación y por

su muerte heroica ha merecido que se sintetice su carrera en la palabra gloriosa que pone un nimbo resplandeciente en torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza a los Prometeos clavados en su roca, y a los Cristos clavados en su cruz: la palabra SACRIFICIO.

EL PRIMER AÑO DE LA REVOLUCION *

EN el gran archipiélago que se extiende, en cadena casi continua, desde la extremidad meridional de la Florida hasta las costas septentrionales de la América del Sur, ocupa posición admirable la bella Isla de Cuba, llamada con justos títulos “Reina de las Antillas”. Graciosamente extendida a la entrada del seno mexicano, que domina por completo, se vuelve por su parte sur hacia el mar Caribe; y en la prolongada línea de sus costas abre excelentes puertos, lo mismo al septentrión que al mediodía. Tal parece que está invitando a los pueblos de las dos porciones del continente al cambio de utilidades y al comercio de ideas.

(*) Este bosquejo fué escrito a principios de 1896 para una casa editorial norteamericana, pero no llegó a publicarse entonces.

La naturaleza se ha mostrado pródiga con ella. En los linderos de la zona tórrida, su clima insular atenúa los rigores del calor tropical, mientras los vientos constantes del nordeste limpian y purifican su atmósfera. El suelo es maravillosamente fértil, en sus bosques seculares abundan maderas preciosas, en sus abruptas sierras se esconden minerales de gran valor industrial, el mar que la ciñe y estrecha le brinda fáciles comunicaciones. Todo parece destinarla a ser un emporio donde florezcan las artes de la paz, que aseguran el progreso.

Sin embargo, la población de Cuba crece con extraña lentitud. En 1810 el total de sus habitantes era de 600,000; en 1894 aún no llegaba a 1.700,000. Es decir que en ochenta y cuatro años la población no se había triplicado. En ese período de tiempo casi todas las naciones americanas habían unas triplicado, otras cuadruplicado, quintuplicado, octuplicado y hasta decuplicado su población. En este último caso se encuentran el Canadá, Uruguay y los Estados Unidos. La extensión de las tierras cultivadas en Cuba es también singularmente

corta. De las 13.873,000 hectáreas de que consta su superficie, 12.827,000 están todavía incultas. Y aunque fué Cuba el primer país de lengua española que construyó ferrocarriles, su red de comunicaciones terrestres es deficientísima, pues existen provincias enteras donde no hay un solo kilómetro de carretera. En cuanto a las comunicaciones marítimas, ni son fáciles, ni rápidas, ni seguras. En los 3,506 kilómetros de sus costas, cuya navegación hace tan peligrosa el laberinto de los cayos adyacentes, no hay encendidas sino diez y nueve luces.

Poca población, escaso cultivo, comunicaciones difíciles, en un país ricamente dotado para la vida del hombre, son indicios seguros de graves defectos en su organización social. Si por otra parte se considera que sus habitantes son laboriosos y emprendedores, y que han sabido concentrar su capacidad industrial en algunos productos, como el azúcar y el tabaco, que han elevado al máximo de rendimiento, se impondrá todavía con mayor fuerza esa conclusión. Las exportaciones de Cuba en un

buen año normal podían evaluarse en 90.000,000 de pesos. Sin embargo, la mayor parte de su población vive en la miseria; el capital es escaso y el crédito no existe.

La explicación de estos singulares fenómenos se halla toda en el régimen social a que vive sometida la Isla de Cuba. De propósito decimos régimen social y no político, porque la dominación que pesa sobre Cuba no se limita sólo al orden de gobierno, sino que empieza desde lo más hondo, desde el organismo económico. La Isla es una colonia española; y para España colonizar ha sido siempre explotar. La estructura política que ha dado a las que llama *sus posesiones* no ha tenido otro objeto que permitir a mansalva la confiscación de los productos del trabajo de los colonos. Para esto les ha negado sistemáticamente toda participación en el gobierno efectivo del país. Tributación sin representación, éste ha sido el eje de la política colonial de España. Cuba ha sido en realidad, en pleno siglo diez y nueve, un país tributario. Los tributos iban en un tiempo a España en forma directa, en los famosos *sobrantes* de Ultra-

mar; después han ido por diversos canales más o menos descubiertos, en forma de intereses de la deuda cubana, de pensiones a las clases pasivas, de elevados sueldos a los innumerables funcionarios de la burocracia civil y militar, de monopolios en favor del comercio de la metrópoli, de subvenciones a empresas particulares, de regalos a los personajes de la Corte y de socorros periódicos a las familias de españoles residentes. Dadas estas condiciones, no es extraño que Cuba no haya podido capitalizar, no obstante su extraordinaria producción; y se haya encontrado al borde de la ruina, el año mismo que ponía en el mercado un millón de toneladas de azúcar.

Para mantener esta anomalía económica, ha sido necesario tiranizar el país. Si los cubanos hubieran sido dueños de regular sus relaciones mercantiles, según las exigencias naturales, y hubieran podido administrar por sí los productos de su trabajo, imponiendo las cargas en relación con las fuerzas tributivas, dirigiendo y fiscalizando su percepción y distribución, no hubieran consentido el drenaje irracional y el inmoral

despilfarro que han caracterizado la administración española. Por eso España ha tenido siempre ocupado militarmente el país, y lo ha regido en realidad militarmente.

Los cubanos, como era natural, jamás se han sometido de buen grado a esa explotación cubierta por esa tiranía. En todos los tonos se han quejado al Gobierno de la Metrópoli, no han cesado de exponer sus males, de pedir reparación y de señalar el remedio. Cuando se han convencido de que sus quejas eran inútiles o cuando los ha herido alguna injusticia más flagrante que las otras, han apelado a la fuerza para contrarrestar y vencer la fuerza que los oprime.

La historia de Cuba en todo este siglo puede resumirse en discusiones con España, para que reforme su régimen político, y en luchas con España, para sacudir su dominación política. Desde que se iniciaron las guerras de independencia en la América Española, comienza la ebullición de los ánimos en Cuba, porque iguales causas habían de producir idénticos efectos; mas la era de las conspiraciones propiamente dichas se

abre en 1823 con la llamada de los Soles de Bolívar, y la de las luchas armadas en 1850 con las expediciones del general Narciso López. Esas tentativas hubieran abierto los ojos de cualquier gobierno menos obcecado que el español; pero en éste no despertaron sino la suspicacia, y no confirmaron sino su torpe confianza en la fuerza. España creyó que el problema se resolvía teniendo a Cuba bien sujeta. Su tiranía fué cada vez más dura, su fisco cada vez más insaciable. A las razonadas peticiones de los cubanos, respondió con un nuevo desengaño. Cuba se revolvió desesperada; y un puñado de hombres heroicos, acaudillados por Carlos Manuel de Céspedes, inició la terrible lucha que ocupa diez años de su historia, desde 1868 a 1878.

De ella salió Cuba desangrada, pero no vencida. La Metrópoli tuvo que proponerle un pacto en que le ofrecía arteramente reformas políticas. Los patriotas lo aceptaron, creyendo que abrían a su país una era de regeneración. El espíritu de España era muy otro. Cuando vió a los cubanos desarmados, atendió sólo a exprimir a la co-

lonia, para que pagara los gastos de la guerra; a cimentar la preponderancia de los españoles residentes en Cuba, para hacer de ellos dócil instrumento político; y a mistificar al mundo con la promulgación de leyes liberales en el nombre.

A una colonia escasamente poblada que acababa de salir de una prolongada guerra de exterminio y devastación, impuso presupuestos de más de 46.000,000 de pesos. Para cubrir los monstruosos despilfarros de su administración acumuló sobre ella una deuda enorme de cerca de 200.000,000. Le dió leyes electorales pérfidamente dispuestas para reducir la proporción de electores a una cifra irrisoria, el 3 por ciento del total de habitantes; y para que de esta cifra la mayoría fuera siempre de los españoles europeos, promulgó en la colonia la Constitución del Estado, pero poniendo encima de ella el poder arbitrario de los gobernadores generales. Reconoció teóricamente la libertad de imprenta y el derecho de reunión, pero con tales cortapisas que los desfiguraban e invalidaban. Ni el individuo aislado, ni la población cubana en conjun-

to tuvieron garantía alguna no ya contra el poder del gobierno, pero ni siquiera contra sus extralimitaciones. La libertad civil, por tanto, no existía en Cuba.

Las consecuencias de este régimen hipócrita fueron un estado social intolerable. La seguridad personal era un mito. Por años enteros estuvo la provincia de Santiago de Cuba sometida al régimen de un bajalato turco. La ley de sospechosos no estaba escrita, pero funcionaba sin intermitencia. Las deportaciones eran constantes. Muchos individuos desaparecían. En el resto del país la población campesina vivía aterrorizada por la Guardia Civil. Por meras sospechas, por resentimiento, por una simple palabra áspera, se aplicaba a los transeúntes y a los habitantes del campo el *com-ponte*. Esto quería decir que se les apaleaba, hasta dejarlos exánimes. Los presos no llegaban a la presencia de los jueces; eran fusilados en el camino, so pretexto de que intentaban fugarse. No es de extrañar que en comarcas enteras hormiguearan los bandidos. Los tributos constituían una verdadera confiscación; y esto se agravaba

con la inmoralidad de los empleados que hacía más onerosa la percepción. Después de años de labor perseverante, la perspectiva cierta era la ruina. Nadie ponía confianza en la administración de justicia. Los tribunales estaban compuestos de gente venal o sometida a las influencias políticas. Y como el poder político estaba en mano de los españoles europeos, los cubanos que litigaban con ellos tenían siempre escasas probabilidades de ver reconocido su derecho. Los asuntos municipales, los provinciales y los coloniales estaban dirigidos por los inmigrantes españoles, que los explotaban en provecho propio. Las leyes mercantiles se habían ido reduciendo a un monopolio descarado de los mercaderes españoles. El cubano ni vivía seguro, ni podía conquistar por las vías legales el poder político, para poner remedio a esos males que minaban el edificio social de su país. España misma no le dejaba otro camino que la violencia.

Estas causas de descontento, profundas y tenaces, obraban sobre un pueblo rodeado de naciones que se habían elevado de la

misma condición colonial a la plenitud de la soberanía; próximo vecino de la más poderosa, próspera y ordenada democracia que ha existido en el mundo; y que durante diez años había obedecido, en las dos terceras partes de su territorio, a un gobierno popular de su propia elección. Si el des-gobierno y la tiranía hacían aborrecible a los cubanos el vínculo político que los mantenía sujetos a una monarquía europea, el ejemplo de América, las lecciones de sus grandes estadistas, y los recuerdos recientes de la propia historia bastaban, por otra parte, para impulsarlos a anhelar la independencia.

Las conmociones políticas que habían sacudido a Cuba casi sin interrupción, desde 1823 habían lanzado a los países vecinos, particularmente a los Estados Unidos, numerosas familias cubanas, mal avenidas con el duro régimen de España y dispuestas a soportar el destierro antes que la servidumbre, por dorada que estuviese. Estos emigrados, laboriosos y emprendedores, lograron pronto trabajo y bienestar, en sus patrias adoptivas; pero tenían siempre fijos

los ojos en la tierra natal, anhelando el día de la libertad, que había de marcar la hora del regreso. Después de la heroica guerra de los diez años, muchos de los jefes militares, que habían derramado su sangre por la libertad, tomaron también el camino de la expatriación abatidos quizás, pero no resignados. El pueblo de Cuba, que sentía de nuevo sobre sí la mano de hierro del gobernante español, se acostumbró a volver los ojos hacia aquellos que se habían llevado a tierras extranjeras, pero no lejanas, el símbolo de su redención. Sabían que estaban entre compatriotas, que no los dejarían solos, cuando llegara otra vez la ocasión de combatir por la dignidad y la libertad.

No faltaban en Cuba hombres inteligentes y patriotas que deseaban evitar el empleo de la fuerza, y tenían la esperanza de conseguir de España un cambio radical de política, que satisficiera las aspiraciones patrióticas de los cubanos y evitara la ruina material de la Isla. España, con imprevisión vecina a la demencia, defraudó su expectativa. El pueblo comprendió que nada tenía que prometerse de los tanteos y tran-

sacciones de la política, y se resolvió a la acción. Desde ese momento la verdadera labor política de Cuba tenía que encaminarse a concordar y armonizar los esfuerzos de los descontentos, cada día más numerosos, dentro, y los trabajos de los emigrados, fuera. La tarea de los unos y los otros estaba marcada de antemano: Cuba debía dar el ejército, la emigración los elementos de guerra.

La empresa era muy ardua; hubo, sin embargo, patriotas dispuestos a acometerla. El pueblo deseaba la guerra, pero estaba desarmado. Los emigrados deseaban auxiliar a sus compatriotas, pero eran pobres. El gobierno español tenía un ejército y una flota en la Isla, ocupaba todas las fortalezas, todos los cuarteles, los arsenales y los depósitos de armas. Además del ejército regular, tenía una gran fuerza de policía armada y disciplinada en los campos, con el nombre de Guardia Civil, y otra de la misma índole en las ciudades, con el nombre de Orden Público; y contaba con una reserva formidable, que podía movilizar desde el primer momento, los *voluntarios*, regimien-

tos compuestos de los mozos emigrados de España, y además con los cuerpos de bomberos, a que había dado organización militar. Tenía a la mano la Isla de Puerto Rico, de donde podía sacar fuerzas, y a trece días de distancia la península española, cantera de hombres para la muerte. A pesar del estado ruinoso de su hacienda, España podía arbitrar con relativa facilidad recursos para los primeros tiempos de la guerra. Era de esperar que sus mismos acreedores la sostuvieran, para impedir el fracaso total, y con él la pérdida completa de sus créditos.

A estas fuerzas materiales podía sumar España otras morales de no menor cuantía. La fidelidad de la población peninsular de Cuba, interesada en el sostenimiento de un régimen político que les permitía lucrar por todos los caminos, rectos o torcidos, y que ponía toda la influencia social en sus manos. El temor de algunos cubanos influyentes, a novedades políticas que podían traer tiempos tormentosos. El interés de las potencias europeas que aún conservan colonias en América, y que podían descu-

brir un peligro en el nacimiento de un nuevo Estado, que había de fortalecer el sentimiento americano, en lo que tiene de antagónico al sentimiento europeo.

En resumen, España podía disponer desde el primer momento de 20,000 hombres de tropa regulares y de 60,000 voluntarios, bien equipados y bien armados, y de recursos abundantes para empezar la guerra. Su diplomacia además poseía buenas armas para combatir el aislamiento moral en que podía encontrarse España. Cuba no tenía sino el valor y la resolución de sus hijos y la justicia de su causa. Por único aliado, la desorganización de la vida económica, civil y política, que había sido el resultado del régimen de tiranía e irresponsabilidad que pesaba sobre la colonia.

Entre buen número de los emigrados, el propósito de reanudar la lucha había estado siempre vivo después de 1878. La región oriental de la Isla se mostraba más inconforme que otra alguna con el convenio del Zanjón, que había puesto virtualmente término a la guerra de los diez años. Jefes militares de gran prestigio, como los gene-

rales Calixto García Iñiguez y Antonio Maceo, intentaron más de una vez encender de nuevo la guerra. En 1879 una insurrección, que pudo ser formidable, estalló en Oriente y puso en conmoción toda la Isla. Pero fuese falta de concierto efectivo en los conspiradores, fuese falta de fuerzas en el país, todavía postrado, o por ambas causas a la vez, ni esos propósitos, ni esos intentos habían conducido al fin que se proponían.

En tiempo más oportuno comenzó a señalarse entre los emigrados militantes un joven propagandista, que en pocos años realizó maravillas. De temperamento artístico, escritor copiosísimo, orador apasionado y de brillante fantasía, era al mismo tiempo trabajador infatigable y hombre de carácter y de gran tenacidad de propósito. Era de los capaces de contemplar fijamente una idea toda su vida, sin desvanecerse. Era, por lo tanto, un hombre de acción, que lo mismo sabía ir al triunfo que al sacrificio. Tal fué José Martí, que hizo de su patriotismo, de su amor a Cuba, la religión de su vida.

Este acometió a su vez la ardua obra de reunir a los emigrados dispersos por toda la América en una fuerte organización, que aprontara los recursos para comenzar y proseguir la guerra; y de concertar a los revolucionarios desparramados por toda la Isla, para que a la par se levantaran en armas, encendiendo simultáneamente la rebelión en las seis provincias.

Martí veía claro que el fin de la política española era dividir a los cubanos por razas y por clases, y comprendió que la obra revolucionaria debería consistir en unirlos. A todos se dirigió empezando por los humildes. En Key West, Tampa y New York existía una gran población de obreros cubanos, empleados en las manufacturas de tabaco. Era gente laboriosa, en quien el destierro de la patria cercana encendía el amor a la tierra natal y la aversión a la tiranía que los había lanzado fuera de ella. Martí se hizo amar de esos obreros, ganó su confianza y los encontró dispuestos a todos los sacrificios. Los organizó en clubs políticos, cuyo principal objeto era formar, por medio de cuotas personales, el tesoro de la re-

volución. Aquellos jornaleros no vacilaron; en los buenos y en los malos tiempos acudían con su parte del salario para el fondo sagrado. La fuente más copiosa que hasta ahora ha tenido el tesoro de los cubanos, así como la más regular, ha sido la contribución voluntaria y permanente de esos obreros emigrados.

Cuando Martí tuvo en sus manos los primeros recursos, se dirigió a los hombres de acción y a los conspiradores dentro y fuera de la Isla. Se aseguró la cooperación del general Máximo Gómez, que disfrutaba justamente de la más alta reputación militar por sus brillantes campañas en la revolución anterior, y de gran respeto por su honradez acrisolada, y del general Antonio Maceo, cuyo valor temerario y fervoroso patriotismo lo rodeaban de merecido prestigio; y ya con esto sabía que detrás estaban todos los veteranos de la revolución, desde el jefe hasta el soldado. Buscó y halló preciosos auxiliares en Cuba. Llenó la Isla de sus emisarios. Formó en todas las poblaciones importantes, juntas secretas que empezaron a trabajar sin descanso. Mu-

chos de los hombres civiles de la década revolucionaria prestaron desde luego su concurso. Salvador Cisneros, en Puerto Príncipe, Bartolomé Masó, en Santiago de Cuba, no titubearon en dar el ejemplo. Hombres nuevos cooperaban en Occidente con igual ardor, entre ellos Juan Gualberto Gómez, mestizo de grande inteligencia y vasta cultura, tan honrado como patriota. De los jefes militares que residían en la Isla pocos fueron los que no se mostraron dispuestos. Moncada y Rabí en Oriente, Carrillo en las Villas, Julio Sanguily, Aguirre y Enrique Collazo en la Habana, pusieron su espada al servicio de la revolución. Se esperaba que ningún otro de los que se habían señalado en la lucha contra España dejaría de estar en su puesto.

El primer empeño, y no el menos dificultoso, de estos decididos patriotas, fué introducir armas y pertrechos de guerra para el futuro ejército. La habilidad y la astucia que, en muchos ocasiones, desplegaron, causa maravilla. En Puerto Príncipe se estaba construyendo un tranvía, cuyo material rodante se llevaba de los Estados Uni-

dos. El secretario de la Empresa era un joven patriota, Enrique Loinaz, quien, de acuerdo con Martí, se propuso rellenar los asientos de los carros, de rifles y cartuchos. Los carros llegaron a la Isla con su peligrosa carga: pero un individuo medroso, que se enteró del contrabando, dió aviso al gobierno. El joven Loinaz tuvo que fugarse. Al fin las armas con que se alzó después la provincia del Camagüey fueron introducidas por una mujer de temple espartano, la señora Caridad Agüero.

Los emigrados, por su parte, no descansaban. Comenzaron a depositar elementos de guerra en lugares vecinos a Cuba; y aunque sufrieron algunos reveses, como el embargo de un valioso cargamento de armas en el puerto americano de Fernandina, llevaron a cabo su trabajo con rapidez y secreto.

El plan de Martí y sus colaboradores consistía en realizar un levantamiento simultáneo desde Oriente hasta la Habana, invadir, con una expedición que estaba a punto, la Vuelta Abajo, desembarcar con celeridad los jefes que esperaban el aviso en el extranjero y, aprovechando la perturba-

ción y confusión de los primeros momentos, alijar en lugares convenientes todo el material de guerra acumulado en la proximidad de la Isla.

A pesar del sigilo con que procedían los conjurados, no era posible que tan vasta conspiración no se trasluciera, y el gobierno español de la Isla tenía más de un indicio que lo hacía estar sobre la pista. El 24 de febrero de 1895 era el día señalado para el levantamiento; y ya desde el 23 se decidió a obrar el gobernador de la colonia, general Calleja. En la noche de ese día publicó un bando por el cual mandaba aplicar en toda la Isla la Ley de Orden Público. Esto significaba que las garantías constitucionales quedaban suspendidas. El orden no se había alterado todavía, caso único en que es legítima en España la aplicación de esa Ley. Pero las autoridades de Cuba están por encima de las leyes. Inmediatamente, y con esa arma en las manos, ordenó el Gobernador General la prisión del general Julio Sanguily, heroico jefe de la guerra anterior, del coronel José María Aguirre, notable por su valor, y de otros más. El ge-

neral Sanguily fué encontrado en su casa. Sin embargo el gobierno, que temía su extraordinaria influencia sobre la juventud habanera, sospechaba que era el jefe designado para mandar las fuerzas de Occidente, y se apresuró a inutilizarlo.

Entretanto Juan Gualberto Gómez pudo escapar, y salió de La Habana dispuesto a iniciar la sublevación en Matanzas. Unióse en Ibarra a un pequeño grupo mandado por Antonio López Coloma, y ambos enarbolaron la bandera de la independencia en la región occidental. En Oriente reinaba gran confusión. Eduardo Yero, enérgico periodista, había salido de Santiago desde el día 20 y había estado con cuatro compañeros, esperando en Ti-Arriba a los que habían de unírseles. Lo que recibió fueron noticias adversas, y regresó audazmente a la capital de la provincia, donde se embarcó creyendo fracasado el movimiento. Otras personas importantes, como los hermanos Sánchez Hechevarría, siguieron el mismo camino. Pero al mismo tiempo las poblaciones de Baire y Jiguaní se pronunciaban en actitud hostil; y Bartolomé Masó, hom-

bre de gran respetabilidad e influencia en Manzanillo, se lanzaba al campo en Calicito con buen número de parciales. El brigadier Moncada, guardado de vista en su casa de Santiago, se escapa, y, aunque gravemente enfermo, empuña las armas. Simultáneamente en Guantánamo habían reunido fuerzas considerables Periquito Pérez y Enrique Brooks, y en Holguín secundaban el movimiento los hermanos Sartorius y el periodista catalán José Miró. En breves días la insurrección corrió, como reguero de pólvora, por toda la provincia oriental, tocando casi a los límites del Camagüey.

No pasó así en Matanzas, donde la falta de jefes experimentados impidió la concentración de los pequeños grupos que respondieron a la consigna, y siguieron el ejemplo de los sublevados en Ibarra. El doctor Marrero en Jagüey Grande, y Joaquín Pedroso, joven de familia distinguida de La Habana, en Aguada de Pasajeros, no habían tardado en tomar las armas. Pero sus fuerzas eran en realidad insignificantes; y estaban en una de las zonas más pobladas de la Isla, cruzada de ferrocarriles y a pocas

horas de La Habana. Todos eran gente bisona, aunque valiente y decidida. Fácil fué al gobierno dar sobre esos pequeños núcleos y desbaratarlos. López Coloma fué hecho prisionero; los otros dos jefes y Juan Gualberto Gómez tuvieron que rendirse. Éste fué a poco víctima de una felonía sin tamaño.

En el bando que declaraba en estado de guerra las provincias de Santiago de Cuba y Matanzas, el Gobernador General prometía a los que se rindieran en el término de ocho días la libertad completa e incondicional. "Quedarán exentos de toda pena", decía el bando. Gómez se entregó a las autoridades españolas antes de los ocho días. Conducido a la presencia del general Calleja, éste le manifestó que estaba en libertad; mas, al bajar las escaleras del palacio, fué reducido a prisión por orden del general Calleja. Encerrado en un castillo, fué juzgado por el delito de introducción de armas y condenado a veinte años de cadena. Gómez fué enviado al presidio africano de Ceuta a cumplir esta infame condena.

El fuego parecía extinguido en Occidente; pero el incendio era cada vez mayor en

la provincia oriental. Los patriotas aprovechaban las armas que tenían a la mano, y habían iniciado ya su osado sistema de caer sobre las poblaciones y destacamentos españoles, para apoderarse de rifles y pertrechos de guerra. Esteban Tamayo se apoderó de Veguitas con este objeto y Amador Guerra de Campechuela. La guerra había comenzado ya. Estaba planteado para Cuba el tremendo problema político de cuya solución pende su destino.

Aparentemente no se veían sino tres o cuatro millares de hombres mal armados, con algunos amigos en el exterior y simpatizadores ocultos en el resto del país, que desde un extremo de la Isla desafiaban un poder secular, el cual tenía en sus manos todos los medios de defensa y parecía proteger todos los intereses sociales. En el fondo había realmente una sociedad desorganizada por el pillaje administrativo, la mala administración de justicia y la tiranía política, entregada a las convulsiones que preceden a las grandes crisis históricas.

Al estallar el movimiento revolucionario había en Cuba tres partidos políticos, abier-

tamente organizados. El *integrista*, compuesto casi en su totalidad de españoles europeos, apegado radicalmente al absolutismo colonial, aunque sin declararlo de un modo desembozado. El *reformista*, en que entraban algunos, aunque muy pocos, elementos cubanos, partidario de un régimen incoloro, que llamaba absurdamente descentralización administrativa. El *autonomista*, cuya gran mayoría estaba compuesta de nativos del país, y que aspiraba con timidez al *self-government* de las grandes colonias británicas. Los revolucionarios sabían que los dos partidos españoles, dueños de la confianza del gobierno y de una situación privilegiada, se les opondrían con todas sus fuerzas. De los autonomistas esperaban que, en el momento decisivo, unos se retirarían a la vida privada y otros abrazarían abiertamente la causa de la independencia.

Esta escisión se produjo realmente, pero no por completo como se había previsto. Los jefes que residían en La Habana y algunos del interior hicieron causa común con España, y condenaron la revolución en un manifiesto violentísimo, que era la abjuración

paladina de su propia historia y un mentís a sus propias reclamaciones. Los mismos hombres que tres años antes habían lanzado un manifiesto, acusando al gobierno de enemigo del país y pintando a éste al borde de la desesperación y con legítimas causas para adoptar resoluciones supremas, declararon entonces en otro manifiesto que la colonia carecía de verdaderos motivos de agravios y que la guerra era una empresa insensata conducida por unos cuantos aventureros. El mayor número de los afiliados oyó en silencio la voz de los *leaders*, y poco después empezó la disgregación del partido. Unos emigraron y otros fueron a nutrir las filas del ejército cubano. Sin embargo, el efecto del manifiesto autonomista fué considerable en España y el extranjero. Un grupo de cubanos prominentes condenaba en términos decisivos la suprema apelación a las armas que hacían en esos momentos sus compatriotas. Ese acto, que sólo era en el fondo una gran cobardía política, fué en manos de los defensores de España un arma, forjada de propósito para herir la revolución. Con el testimonio de ese docu-

mento y la p rfida sugestión de que el movimiento estaba exclusivamente sostenido por la raza negra, los agentes españoles comenzaron una vigorosa campaña de calumnias y denigración contra los patriotas.

Al mismo tiempo el gobierno de la Metrópoli se apresuraba a enviar a Cuba cuantos recursos de guerra tenía a la mano. Sin reparar en los medios, atendía sólo a acumular el mayor número posible de soldados. Que estuvieran o no bien equipados, fuera o no completa su instrucción militar, con buena o mala preparación de campaña, eso no le preocupaba. Hacinaba aquel ganado humano en los grandes trasatlánticos, y lo precipitaba sobre Cuba. De Puerto Rico trasport  en breves días 4,000 hombres; de España, en todo el mes de marzo, 8,000, que en expediciones sucesivas aumentó hasta 78,661 al llegar el fin de noviembre. Para esa época España tenía en Cuba un ejército de más de 100,000 hombres de todas las armas. Juntamente, para cubrir en lo posible las costas, reforzó su pobre escuadra de las Antillas con algunos buenos barcos modernos, como el *Conde de Venadito*, y em-

pezó a comprar lanchas cañoneras que pudieran navegar entre los cayos que forman una gran barrera en torno de la Isla.

A los aprestos militares de España contestaron los cubanos desplegando la mayor actividad y audacia. El general Antonio Maceo sale sigilosamente de Costa Rica, llega a la pequeña Isla Fortune con veintiún compañeros, se embarca allí con ellos en la goleta *Honor*, y arriba a Cuba el 31 de marzo, desembarcando en la playa de Duaba, a la vista de la ciudad de Baracoa, con aquel puñado de hombres intrépidos. Apenas saltan a tierra comienzan a combatir. Peleando día y noche, como fieras acorraladas, se abren camino por entre las fuerzas españolas, que los persiguen con obstinación hasta que logran incorporarse a las tropas cubanas de Periquito Pérez, en la jurisdicción de Guantánamo. Esta marcha épica cuesta a Maceo la pérdida del denodado Flor Crombet, que muere como un león, y el dejar en manos de los españoles a varios de sus otros compañeros. Pero apenas cunde la noticia de su llegada, millares de hombres acuden a sus filas.

Mientras tanto Martí había volado a Monte-Christi, en la República Dominicana, donde residía el general Máximo Gómez, designado para mandar en jefe las fuerzas libertadoras y dirigir la campaña. El gobierno dominicano, influído por el de España, vigilaba estrechamente al veterano general, dispuesto a impedir su salida. Martí y Gómez eluden la vigilancia y se hacen al mar en un barquichuelo, acompañados de otros cuatro patriotas: Francisco Borrero, Angel Guerra, Salas y Rosario. La historia registra pocas hazañas tan estupendas. La suerte de la revolución iba en aquel barco. Los seis expedicionarios llegan felizmente a Cuba el 14 de abril, y saltan a tierra en Cabonico, cerca también de Baracoa. Después de vagar algunos días por abruptas soledades, guareciéndose en las cavernas, el jefe civil del futuro Estado y el general en jefe del futuro ejército que había de afianzarlo, se encontraron con las primeras fuerzas cubanas, las de Félix Ruenes, que los aclamaron con transportes de júbilo. En aquellos días España había enviado millares de hombres a Cuba, para aniquilar la revo-

lución; y la revolución había recibido sólo tres hombres, para contrarrestar y vencer a España. Sin embargo, España comenzó desde entonces a perder terreno, y la libertad de Cuba a ganarlo con rapidez creciente. Este contraste dice más que interminables disertaciones.

La gravedad de la situación de Cuba no podía ocultarse al gobierno español, que se decidió a hacer de una vez los mayores sacrificios para resolver el conflicto. Acudió el general Martínez Campos, cuya posición política era extraordinaria, por habersele debido la restauración de la monarquía de los Borbones y haber logrado reducir, por medio de convenios, la insurrección carlista y la revolución cubana de 1868 a 1878; y lo determinó a aceptar el gobierno de Cuba, ofreciéndole toda suerte de recursos. A la sombra de su predominio político, el general Campos, sin haber ganado jamás una batalla, había ganado gran reputación militar. Se le daba además el título de Pacificador. Y todos en España hablaban, con perfecta convicción, de su *buena estrella*.

Por singular coincidencia, arribaron al mismo tiempo a Cuba el general español Campos y el general cubano Gómez, éste con cinco patriotas en un bote, el otro con una soberbia flota y millares de soldados. El general español lanzó en el acto una proclama, que bastaba para demostrar su desconocimiento absoluto de la situación de Cuba y la estrechez de su espíritu. Se limitaba a conminar a los patriotas, exigiéndoles la sumisión en un plazo perentorio. Martí y Gómez se dirigían al mismo tiempo a los habitantes de Cuba, declarando el carácter y objeto de la revolución, justificando su necesidad, y abriendo a todos, cubanos y españoles, las puertas de la nueva república. El uno habló como soldado, para quien no existía el problema político; los otros hablaron como estadistas, para quienes la situación de guerra no era sino un accidente en el desarrollo de un gran suceso político.

Tanto el general Campos como el general Gómez desplegaron desde luego gran actividad; más aparatosa la del uno, más eficaz la del otro, como se encargaron de demostrarlo en breve los acontecimientos. El

plan inmediato del general cubano era extender el campo de la revolución y de la guerra aprovechando el estado de los ánimos en todo el país y los trabajos preparatorios de los emisarios y amigos de Martí. Para esto se proponía invadir sucesivamente las provincias centrales y después las occidentales, seguro de que su presencia pondría las armas en la mano a millares de patriotas. En menos de un mes tenía organizada fuerza suficiente para penetrar en el Camagüey. Dejó la provincia oriental, donde no se daban punto de reposo ni cubanos ni españoles, confiada al valor y pericia de Antonio Maceo, y emprendió la marcha al Centro, acompañado de José Martí. Ignórase si el propósito de éste último era seguir en compañía de Gómez, hasta dejar establecido el gobierno civil de la república, o si intentaba separarse de él, desde Oriente, para volver al extranjero, donde su presencia e influencia se juzgaban indispensables, a fin de auxiliar de un modo eficaz y continuado a los combatientes, a quienes eran necesarios elementos de guerra para proseguirla con vigor. De todos modos, re-

sultó que el 19 de mayo una parte de la fuerza de Gómez, en la cual se encontraba Martí, tuvo que empeñar combate en la sabana de Dos Ríos con una columna española. El patriota cubano se enardeció de tal modo a la vista del enemigo, que se le percibió desde los primeros momentos en primera línea, revólver en mano; y en momentos de arengar a los suyos para que dieran sobre los españoles, una descarga lo derribó muerto en tierra.

Esta muerte gloriosa fué un golpe terrible para la revolución; pero los patriotas no se desanimaron un solo momento. Había muerto Martí, pero le sobrevivía la grande idea que lo había guiado. Su herencia cayó en buenos hombros. Por la muerte del gran agitador, quedaba el general Gómez siendo de hecho el jefe civil y militar de la revolución. Quedaba así por completo frente a frente a Martínez Campos, que ocupaba la misma posición entre los españoles. El duelo entre esos dos hombres tomaba de este modo proporciones aún más interesantes. Las fuerzas de que am-

bos parecían disponer no podían ser más desiguales.

Campos tenía a sus órdenes, y casi todos concentrados en Oriente, treinta y cinco mil hombres, esperaba de un momento a otro 12,000 más que estaban embarcados, y sabía que en pocos meses reuniría en la Isla 70,000 soldados de las tres armas. Contaba además con los 50 ó 60,000 voluntarios que guarnecían las poblaciones importantes, y con una flota que empezaba a crecer. Todas las comunicaciones de mar y tierra estaban en sus manos. Las rentas públicas de la Isla, aunque ya algo mermadas, ingresaban de modo regular en sus cajas. El gobierno de Madrid seguía arbitrando recursos, para ponerlos a su disposición.

Las fuerzas que por entonces comandaba el general Gómez no pasaban, según los cálculos de sus enemigos, de 6,000 hombres muy desigualmente armados. Excepto en el departamento oriental, le era muy difícil comunicarse con el resto del país. No lo era menos ponerse en relaciones con sus amigos del exterior, de quienes esperaba armas y pertrechos. La emigración había

quedado desconcertada con la pérdida de Martí. Éste tenía en sus manos todos los hilos de su gran trabajo de propaganda y organización. Las expediciones que estaban preparándose sufrieron inmediatos estorbos y quebrantos. Era difícil hallar un sucesor a Martí en aquellos momentos premiosos, que demandaban un hombre de espíritu revolucionario. Los emigrados se fijaron al cabo en un anciano patriota, cuya vida modesta y cuya consecuencia política lo recomendaban a sus ojos. Era éste Tomás Estrada Palma, que había sido Presidente de la República en la revolución anterior, y después de haber caído en manos de los españoles y haber sufrido con entereza largo cautiverio, había emigrado al Estado de Nueva York. Estrada Palma confirmó en sus cargos de tesorero y secretario del Partido de la revolución a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, amigos fieles de Martí, y con ellos se puso a la ardua labor de reanudar los trabajos interrumpidos súbitamente y en lo más difícil con la pérdida del gran patriota. Siguió, como era forzoso, un largo período de tanteos y pruebas,

dificultado por los amaños de la diplomacia española y por la actitud del gobierno de Washington, que extremó su vigilancia para impedir que los patriotas sacaran recursos de los Estados Unidos. De esta suerte se vió el general Gómez privado por largos meses de los recursos del exterior, y reducido a proveerse de armas y a renovar sus municiones quitándolos a viva fuerza al enemigo.

El propósito del general español Campos era impedir a toda costa que el jefe cubano traspasase la línea divisoria entre Santiago de Cuba y Puerto Príncipe. Esta provincia estaba en gran fermentación, pero todavía no se encontraba abiertamente en guerra. Los españoles querían hacer de ella una especie de territorio-tapón, para localizar la lucha en Oriente y aplastar a los patriotas, acumulando contra ellos todas sus fuerzas. El general Gómez comienza entonces la serie de maravillosas marchas con que, combinando la estrategia y la audacia, destruye los planes de sus enemigos y lleva adelante con empuje irresistible la revolución.

Contra las fuerzas concertadas para cerrarle el paso, hace avanzar al general Maceo; y mientras éste las hostiliza, las cansa y las despista, el general cubano penetra en Puerto Príncipe, al frente de doscientos jinetes. Apenas pisa Gómez el territorio camagüeyano, sale de la capital de la provincia el indomable patriota Salvador Cisneros, acompañado de lo mejor de la juventud de la comarca, y en pocos días la revolución ha ganado una provincia más. Esto ocurre a principios de junio. Mientras los patriotas pelean sin descanso en todo Oriente, el general Gómez se dedica en Camagüey a madurar sus planes y organizar sus fuerzas. Desde allí está en comunicación con toda la Isla. Desde abril hay partidas armadas en las Villas. Joaquín Castillo y el doctor Juan Bruno Zayas son los primeros en empuñar las armas. En distintos lugares se van formando núcleos importantes. Gómez, desde Puerto Príncipe, atiza el fuego; y cuando el general Campos viene a mirar en torno suyo, se encuentra con la guerra en las dos terceras partes de Cuba.

Desde esa época los planes políticos y militares del general Máximo Gómez se desarrollan con precisión matemática. Y como son naturalmente el reverso de los planes de su contendiente español, su éxito culmina en el fracaso completo de éstos. Campos quería aplastar la revolución en Oriente; Gómez hace de esa región su base de operaciones y de refuerzos. El país está realmente en manos de los patriotas. El general tiende a organizarlos política y militarmente, para que le permitan llevar la guerra a Occidente. Allí está el núcleo de la resistencia de España, y allí hay que ir a atacarlo.

La organización política era necesaria para completar la militar y demostrar el verdadero carácter de la revolución. Tan pronto como estuvieron en armas las Villas, el general Gómez creyó llegado el momento de constituir un gobierno civil. En los históricos campos de Jimaguayú, donde había caído el héroe camagüeyano Ignacio Agramonte, se reunieron representantes de todas las provincias sublevadas y redactaron una constitución republicana. Se pro-

curó que fuese muy sencilla, para que se adaptase al estado de guerra; y se le aceptó a título provisional, mientras durase la lucha por la independencia. La Constitución reconocía como poder supremo un Consejo de gobierno, compuesto de un presidente, un vicepresidente y cuatro secretarios de Estado, para el despacho de los asuntos de guerra, interior, hacienda y relaciones exteriores. En 18 de septiembre de 1895 fueron electos, para presidente Salvador Cisneros Betancourt, para vicepresidente Bartolomé Masó, para secretario de guerra al general Carlos Roloff, para secretario de hacienda, el licenciado Severo Pina, para secretario del interior el doctor Santiago García Cañizares y para secretario de relaciones exteriores el licenciado Rafael Portuondo. Al mismo tiempo fué electo el general Gómez general en jefe del Ejército Libertador, y el general Antonio Maceo lugarteniente general. La asamblea confirió también el cargo de Delegado plenipotenciario en el exterior a Tomás Estrada Palma.

El nuevo gobierno puso en seguida manos a la obra de organizar la vida civil de

la revolución, y antes de fines de octubre tenía promulgadas la Ley para la organización de la Hacienda Pública, la Ley del Matrimonio Civil, la Ley para el Gobierno Civil y Administrativo y la Ley para el reclutamiento de la reserva. Un reglamento para el servicio de comunicaciones inició el establecimiento de funcionarios civiles, que auxilian eficazmente las operaciones de los cuerpos armados y protegen las familias que viven en las zonas completamente dominadas por la revolución. Estos funcionarios, que se llaman *prefectos*, están esparcidos por todo el país y forman la verdadera administración del ejército cubano.

Desde entonces el general Gómez pudo consagrarse exclusivamente a la guerra. La revolución estaba pujante en Oriente, Camagüey y Villas. Cerca de 50,000 hombres, desigualmente armados, peleaban a sus órdenes en todo ese inmenso territorio. El general cubano elige lo más selecto de esas fuerzas, y, en combinación con su lugarteniente, emprende la famosa invasión que ha de conducirlo victorioso hasta la extremidad occidental de Cuba. Esta parte de la

Isla, por la densidad de su población, por la red de ferrocarriles que la cruzan y por su gran riqueza, se consideraba el baluarte de España. El avance de los generales cubanos había hecho concentrar en los límites de Matanzas formidables fuerzas españolas. El general Campos no había cesado de recibir refuerzos. Más de 100,000 hombres de tropas regulares maniobraban bajo su mando. Con éstas se proponía defender las tres provincias que permanecían sumisas, y los grandes ingenios que representan la vida económica de esas comarcas. El general Gómez se hace preceder por una orden, en que se intimaba a los dueños de ingenios que suspendieran los trabajos para la zafra. Y sin más, realiza la invasión. Las tropas españolas no resisten en ninguna parte el empuje formidable de los invasores. De día en día se anuncia que éstos han ganado una victoria y que han ganado terreno. Por dondequiera son destruídos los ferrocarriles e incendiados los campos de caña. Gómez y Maceo tardan en conquistar a Matanzas el tiempo que tardan en atravesarla. El 29 de noviembre se habían reunido las colum-

nas de Gómez y Maceo en la extremidad oriental de las Villas; a fines de diciembre, después de un mes de combates diarios con fuerzas diez veces más numerosas, los invasores penetraban en la Habana, arrasaban la provincia, y continuaban con el mismo ímpetu por toda la provincia de Pinar del Río, hasta que el mar les puso límite en el cabo de San Antonio. Los españoles espantados, diezmados y desmoralizados, eran presa de vértigo. El general Campos, derrotado personalmente en Coliseo, se había encerrado en La Habana, temiendo un ataque de los cubanos. Una especie de motín de los españoles residentes lo arrojó allí del mando. Ante su rival victorioso, sus subordinados lo obligaron a envainar la espada y embarcarse solo y humillado, para España. El triunfo de Gómez era completo.

Después de estos asombrosos sucesos, la guerra continúa en Cuba, favoreciendo siempre a los patriotas. La invasión de las tres provincias occidentales ha aumentado como en 20,000 hombres el número de sus soldados. Los españoles al mando del general Weyler, famoso por su ferocidad, han

extremado sus procedimientos de rigor y exterminio; pero no han obtenido un solo triunfo que mejore su situación militar. Por otra parte, paralizada la vida económica en la Isla por la destrucción de la zafra, sus recursos pecuniarios están punto menos que agotados.

En estas condiciones los patriotas, confiados en su valor, en sus sacrificios y en la justicia de su causa, ven ya próxima la hora en que habrán dado a su patria la libertad, y a la América una nueva república ordenada, próspera y feliz.

EN MEMORIA DE MACEO

Discurso pronunciado en Chickering Hall,

Nueva York.

Compatriotas:

UNO de los grandes iluminadores del pensamiento contemporáneo ha dicho que la humanidad se compone de más muertos que vivos. Quería significar que vivimos mucho más de la labor secular de los antepasados que de la obra de los presentes. Todos somos continuadores, y por lo mismo tenemos contraída una deuda perenne con los precursores. La cadena de oro que según los antiguos hacía pender el mundo del brazo robusto de Júpiter, se ha roto; pero en cambio hemos descubierto la apretada cadena de irrompible acero que une a los presentes con los pasados. Por eso las fiestas más solemnes son la que se dedican a

conmemorar a los hombres insignes, que se han señalado por sus obras al amor y a la admiración de la posteridad.

Los cubanos dedican esta velada a la memoria de un héroe, que tuvo la gloria de encarnar en vida una grande y noble idea, y que ha tenido la suerte de seguir siendo, después de su muerte, una de las grandes fuerzas que están en acción para realizar la obra que emprendió.

Si la vida de Maceo no lo demostrara, bastarían a probarlo los efectos inmediatos y mediatos de su muerte. No se sintió Roma más tranquila después de la muerte de Aníbal, ni la Europa monárquica más segura después de la muerte de Napoleón, que España cuando una bala casual la libertó del temido enemigo de su feroz tiranía. Su regocijo puso al descubierto su miedo y su barbarie. Como los Latukas, esos pueblos ribereños del Alto-Nilo que se entregan a danzas y festivales que duran semanas enteras, para festejar la muerte de los guerreros enemigos, los españoles se entregaron a un frenesí de regocijo que recorrió toda la nación día tras día. Echáronse las cam-

panas a vuelo, se iluminaron los pueblos, se pasearon las imágenes divinas. No hizo nunca más regios funerales a sus déspotas coronados.

Insultando el duelo de Cuba, en medio del silencio y sobrecogimiento de la población nativa, los españoles residentes han dejado desbordar sin decoro su regocijo, y en públicos banquetes han ofrendado la sangre de su glorioso enemigo al Moloch de su venganza. Así han confesado, sin quererlo, el espanto que pesaba sobre sus corazones.

Nuestros amigos de fuera han dado claras muestras de su dolor. El parlamento italiano ha demostrado una vez más que en él palpita el espíritu de Mazzini, el apóstol, y de Garibaldi, el héroe. De este pueblo generoso, que nos acoge con tan franca hospitalidad, recibimos desde el día de la catástrofe señaladas muestras de intensa simpatía, por la voz calurosa de su prensa y por las manifestaciones privadas de sus ciudadanos, prestos siempre a dar calor a nuestros patrióticos sentimientos. En el resto de América ha repercutido el golpe doloroso de la caída del héroe, y se le glorifica muerto

como se le había admirado en vida. Francia, Inglaterra, tan indiferentes para nuestra aspiración generosa, han tenido esta vez un gesto de conmiseración.

Pero Cuba, Cuba se ha mostrado de todo en todo digna de haber tenido tal defensor y de haber presenciado inmolación tan completa. No bien secas aún las lágrimas en sus ojos, ha vuelto con más brío a la brega en que le había servido de adalid el férreo Maceo. No ha titubeado un instante. En todas las conciencias se ha producido la misma iluminación que tuvo efecto cuando la inopinada caída fulgurante de Martí. Todos hemos comprendido que la muerte de estos grandes hombres por una idea, nos impone el deber estricto de seguir sin tregua luchando por realizarla. Ellos han moldeado en la suya el alma de Cuba. Le han mostrado la meta necesaria a que hay que llegar a toda costa. Le han impuesto como deber sagrado imitarlos, hasta poder consagrar su memoria sobre la tierra de la patria libertada por su esfuerzo. Su panteón tiene que ser la república cubana.

No debe, no, apartarse de nuestra vista ni ahora, ni en las edades futuras, la elocuente lección que nos da tan alto sacrificio como el de Maceo. Toda su vida se consagró a la libertad, es decir, a la dignidad de su patria. En los campos de batalla, en los años de rudo trabajo para sustentarse con decoro, en la invasión tempestuosa, en la caída gloriosa.

Nuestro deber resulta patente. Nuestro deber de hoy, nuestro deber de mañana. Tanta sangre como empapa la tierra sagrada de Cuba, tanto sacrificio como la engrandece a costa de las lágrimas de tres generaciones, no se han derramado para labrar la fortuna, ni el encumbramiento de ningún hombre, sino para alzar de entre los hierros de la esclavitud la figura radiosa de un pueblo libre. Los soldados de la patria, sus portentosos auxiliares de las poblaciones, los sufridos emigrados, todo lo han dado, todo lo están dando, por cimentar sobre bases indestructibles una república donde no vuelva a alzar la cabeza la explotación inicua de un pueblo en nombre del derecho de conquista.

Maceo ha borrado con su sangre ese pasado tenebroso. La deuda de honor que nos lega, compatriotas, es que no surja más en ninguna forma sobre la tierra purificada por la dura labor de sus héroes la figura ominosa de la tiranía.

DISCURSO

*Por la declaración de guerra de los Estados Unidos
a España.*

No cabe fiesta más hermosa que la nuestra de esta noche; porque es la fiesta de la gratitud y de la satisfacción por el deber cumplido. En el largo curso de estos tres años, en que hemos estado forjando nuestra historia en el yunque de la adversidad, nos hemos reunido muchas veces para llorar pérdidas irreparables o para dar calor a nuestras esperanzas, iluminada por la aureola del sacrificio. Hoy nos reunimos para ver nuestra esperanza realizada, para saludarla alborozados en su encarnación gloriosa; para mirar cómo se eleva ante nuestros ojos, a la vista del mundo, el árbol que ha regado tanta sangre generosa, el árbol de la libertad de Cuba. En torno suyo nos

agrupamos esta noche; y aquí damos cita a las sombras de nuestros mártires, para que contemplen su obra, para que sepan que su sacrificio no ha sido estéril, que la tierra en que bregaron con tan indomable esfuerzo, la tierra en que cayeron en la lucha gloriosa, la tierra que guarda sus restos venerandos, no será hollada en lo adelante por la planta de sus tiranos, de sus verdugos, porque Cuba es libre.

Sea para ellos nuestro primer recuerdo. Para todos los que, de generación en generación, en casi un siglo entero, no han cesado de batallar por nuestra libertad y por ella han muerto. Para los que han caído como héroes en el campo de batalla, para los que han sucumbido como mártires en el cadalso glorioso; para los que han muerto oscuramente en la mazmorra inmunda; para los que han perecido víctimas de la fiebre en el bosque emponzoñado; para las silenciosas y pálidas víctimas del hambre española. Porque a costa de tanto heroísmo y tanta miseria, de tanta pujanza y tanto sacrificio, ha vivido, ha crecido y se ha fortalecido la idea grandiosa, que ha conquistado a Cuba el respeto

y la admiración del mundo, y le asegura al cabo la ayuda decisiva que reconoce su esfuerzo y consagra su personalidad.

Al lado suyo y más cerca de nosotros están los que día tras día, sin tregua ni descanso, a costa de todas las fatigas del cuerpo y todos los tormentos del espíritu, han estado empeñados en la lucha titánica, de cara al enemigo, burlándolo hoy, venciénolo mañana, resistiendo siempre, seguros de que la resistencia era la victoria. Y los que, codeándose con el enemigo receloso, bajo la mirada inquisitiva del esbirro, han estado auxiliando al hermano que combatía, arriesgando a cada hora la vida o la libertad, por enviarle la cápsula que hiera o la medicina que cura. Para esos héroes patentes y para esos héroes ocultos, para todos nuestra gratitud.

Ellos han demostrado con su abnegación sin límites y su constancia inquebrantable que Cuba entera no tenía más que un espíritu, una aspiración: romper el yugo de España, para que la hermosa isla antillana pudiera ocupar su puesto en el concierto de los pueblos independientes de América, y

empezase a llenar su papel en los futuros desenvolvimientos de este Nuevo Mundo, morada de los libres, baluarte de los fuertes por la justicia y el derecho.

Ese espectáculo admirable de un pueblo entero pugnando contra un enemigo cien veces superior en número, por sacar victoriosa una idea santa, por servir a la causa de la civilización, por elevarse en mérito y dignidad, ha sido lo que nos ha traído, a través de obstáculos sin cuento, al punto en que hoy nos encontramos. Porque ha conmovido, como no podía menos, las entrañas de ese gran pueblo, que, a pesar de las diferencias de raza, de lengua y de costumbres, ha reconocido su espíritu en el espíritu del rebelde cubano, y ha visto la fuerza de su ejemplo y de sus principios impulsando el brazo y fortaleciendo el corazón del patriota cubano. La voz que aclamaba a Cuba libre en las fragosidades de Oriente o en las alterosas sierras de Pinar del Río despertaba un eco poderoso en setenta millones de ciudadanos, cuyo primer dogma es el derecho del hombre a ser hombre y de los pueblos a ser libres. Durante estos años de esfuerzo y heroísmo

a cada vibración del corazón de Cuba ha contestado un latido del corazón de Norte América; cada golpe que nos ha herido ha lastimado al pueblo americano; cada uno de nuestros triunfos ha sido saludado con júbilo por la voz potente de la gran nación desde Florida a California.

Estas naturales corrientes de simpatía han sido una de nuestras mayores fuerzas. Por ellas esperábamos confiados el gran suceso que al cabo se ha realizado, marcando en el reloj del destino la hora resplandeciente de la independencia de Cuba. Al sonar, con pausada solemnidad, ha podido ver el mundo al coloso de América, de pie y armado, poniendo su mano protectora sobre la cabeza de la más joven república del Nuevo Mundo, y diciendo con un solo gesto imperioso al verdugo español: Ya basta.

Esta ha sido una de las más bellas apoteosis del derecho; y es legítimo nuestro júbilo al contemplarla, como es natural nuestra gratitud sin límites. Nosotros que hemos presenciado de cerca la actitud y la conducta de este pueblo generoso, hemos de ser los primeros en manifestársela con las expre-

siones más sinceras de nuestra alma. En esta prensa, aliada natural de todas las víctimas de la tiranía, alentadora de cuantos combaten por el derecho, hemos tenido campeón infatigable. Su voz ha resonado como clarín profético por todos los ámbitos del mundo; ha hecho temblar los muros de la Jericó de la tiranía, y los ha visto derruirse a su soplo tempestuoso. Ella ha sacudido las fibras de su pueblo relatándole las hazañas de nuestros guerreros, ha hecho derramar lágrimas de lástima e indignación sobre la miseria de nuestras víctimas, ha llamado a su puesto a los representantes de la gran República, ha abierto el libro de la ley a los ojos de los magistrados, y les ha señalado el texto para que dictaran la sentencia inapelable.

Ni menos noble, ni menos justiciero ha sido el Congreso de los Estados Unidos. Hemos visto allí confundidos al mancebo impetuoso y al anciano encanecido en el servicio público, emulándose en ardor generoso por enviar palabras de aliento a los que combatían, voces de conmiseración a los que padecían bajo el horror de la maldad espa-

Durante estos años de esfuerzo y heroísmo

ñola, y por fin los hemos oído pronunciando el conjuro sagrado que hunde para siempre en el abismo la soberanía ominosa de España y coloca en su cima fulgurante a la República de Cuba. El ha puesto la espada en manos del primer representante de la nación, y lo ha mandado que hiera. Lo ha armado paladín de una causa sagrada; y esa causa, cubanos, es la nuestra; la causa de la regeneración y la emancipación de nuestra patria.

Así vienen a confundirse en conjunción gloriosa el espíritu de Cuba y el espíritu de la Unión, y desde hoy hasta que suene el último estampido del cañón que anuncie la victoria final, no habrá, de uno y otro lado del estrecho, de uno y otro lado del golfo, sino un solo pueblo con una sola aspiración: purgar a América de la infición de la tiranía española, asegurar una nueva república a la libertad, que es la ley de América.

EL PAPEL DEL PAIS

Too good to be true, podemos exclamar tristemente, repitiendo la repetida frase inglesa. Era demasiado bueno para ser verdad, era demasiado bello el espectáculo que se nos anunciaba del concierto inmediato de las voluntades discordes, para no dejar otro papel a los insignes enviados del presidente Roosevelt que el de aprobar, aplaudir, saludar y retirarse satisfechos.

Esta dulce ilusión no fué ni el sueño de una noche de verano. Al amanecer de aquélla en que se propaló a todos los vientos la buena nueva, nos encontramos los que formamos el inmenso número de los pacíficos, que es como decir los parias, frente a la misma intransigencia ciega de los bandos funestos que han arrastrado al país al borde de este precipicio.

En vez de hombres aterrados por su obra, oprimidos por la enorme responsabilidad que sobre ellos pesa, vemos a los políticos

de ayer, a los autores de la mañosa ley electoral, a los perennes falsificadores del sufragio, erguidos y contentos, correr a ocupar las posiciones que les parecen más ventajosas, dispuestos a combatirse con habilidades y argucias, con palabras retumbantes y gestos dramáticos, ya que por ahora dejan descansar las armas que han puesto en manos irresponsables.

No se ha oído una vez sola, en este trance terrible, la voz de la patria; no se ha oído sino la bocina del cazador que tañe de batida y anuncia a la jauría el momento de lanzarse sobre la presa ya acorralada, o los clamores de los asediados que se excitan a defenderse a todo trance. Se están midiendo de nuevo, en campo menos cruento, partidarios que ponen todo su empeño en aprovechar el paso en falso del contrincante, en amagar a tiempo o parar el golpe. En vano se ha esperado de ellos que volviesen la vista al pueblo infeliz de quien disponen a su sabor, como materia vil que les pertenece por derecho de conquista, y pensasen, ahora siquiera, en sus verdaderos intereses. Ellos no piensan sino en vencer y dominar.

Entretanto resuenan los pasos secos y acompasados de aquellos marinos que, a bandera desplegada, recorrieron nuestra Plaza de Armas; aparición rápida, apenas entrevista y ya desvanecida, que fué, sin embargo, aviso solemne y anticipación clara del porvenir que está cerniéndose sobre nuestras cabezas. Entretanto se aproxima a nuestras playas el buque que conduce a los árbitros de nuestro destino; a los árbitros llamados, forzados por nuestra furia en odiarnos y nuestra pertinacia en destruirnos.

¿Qué van a encontrar? Tenemos derecho a inquirir de aquellos que nos han traído violentamente a esta situación peligrosa.

¿Qué hemos preparado y dispuesto para hacer más fácil una tarea que resultará tanto más en provecho nuestro cuanto menos dure y con menores dificultades tropiece?

Fuera del gesto plausible del Ejecutivo de suspender espontáneamente las hostilidades y poner en libertad a los detenidos por orden gubernativa, nada se ha hecho, nada se ha preparado. El país vuelve los ojos al Congreso, que parecía el instrumento

natural para la acción pacificadora inmediata, y ve con estupor que no está en su puesto.

Se reunió unas pocas horas, casi a hurtadillas, votó de prisa unas leyes inútiles, y desapareció. ¿Se han dado cuenta sus miembros de lo que significa esa abdicación en estos momentos?

Ya he dicho cuál es la actitud de los partidos, coautores de esta convulsión deshonorosa. No atienden sino a sacar el mejor provecho del momento, a costa del país, destinado de antemano al papel de víctima propiciatoria.

Pues lo que con más razón debiera indignarnos es ver que no se habla sino del bien del país, del honor del país, de la libertad del país; y los que así hablan desatan sobre el país la calamidad mayor de cuantas azotan la mísera especie humana, la guerra, y lo reducen a esperar su remedio no del amor, de la cordura o del escarmiento de los suyos, sino de la intervención de los extraños.

Este es el papel que le han reservado los acaparadores del poder, del prestigio y de

la influencia política. Han puesto en riesgo inminente en cada hogar la vida, el sosiego, el derecho al trabajo y a sus productos, los más caros afectos, las aspiraciones más nobles de la existencia; y todo para ir a disputarse ante jueces extranjeros la posesión de unas actas y la facultad de seguir reincidiendo en los errores que hemos de purgar inocentes y culpables.

19 de septiembre, 1906.

EL TALON DE AQUILES

DÍAS de angustia se suceden para nosotros, sin que ninguno traiga vislumbres siquiera de la bonanza, de la calma relativa al menos, que tanto necesitamos. Pero no tenemos derecho a lamentarnos. Somos nosotros mismos los autores de nuestra desgracia, comparable sólo con nuestra obcecación.

¿Qué hacer en esta triste coyuntura, oyendo ya los crujidos del próximo hundimiento? ¿Apartarnos en silencio desesperado, o levantar de nuevo una voz siempre desoída, la voz que no halaga las pasiones, sino procura descubrir y señalar el origen del mal que no se ha acertado a combatir?

Estéril, si no temerario, parecerá el empeño de hacer esta pesquisa, en medio de hombres transportados unos de regocijo por su victoria inesperada, abrumados otros por una derrota que escapaba a sus conjeturas. Y sin embargo, prefiero intentarlo, antes

que sellar los labios, cuando el peligro que amenaza cuanto nos es caro está ya, formidable, sobre nosotros.

Nuestro deber es considerar tan fríamente como sea posible la posición en que nos hallamos estrechados. Hasta el momento en que escribo estas líneas, la situación que veo es la siguiente:

Ha ocurrido en Cuba, en estas tremendas circunstancias, precisamente lo contrario de lo que era racional prever, de lo que sugerían los precedentes y parecía demandar el sentido jurídico actual del pueblo americano. El gobierno de los Estados Unidos, actuando por medio de los ilustres delegados de su insigne presidente, después de una rapidísima información, ha sancionado las reclamaciones de los sublevados de Cuba, las ha hecho, por decirlo así, suyas, y las ha propuesto como base de acuerdo al gobierno *de jure* de esta república. El gobierno de los Estados Unidos, en una palabra, ha exigido al gobierno de Cuba, por él reconocido, que abdique ante una insurrección armada.

Ruego al lector, sea liberal o moderado, que procure fijarse en el hecho, saliendo por un momento, en cuanto le sea posible, de su estado de ánimo actual. El caso es a todas luces extraordinario; y por lo mismo su explicación ha de buscarse mucho más abajo de la superficie de las cosas.

No trataré de convencer de que es así al liberal ingenuo, que se diga a sí mismo: "La justicia de nuestra causa es tan evidente, que ha bastado presentar las pruebas a esos jueces imparciales, para que la reconociesen, y nos diesen la razón". Me limitaré a recordarle que, para el hombre moderno y civilizado, el derecho cesa de ser tal cuando se le reclama por medio de la violencia. Dentro del territorio de los Estados Unidos, ningún ciudadano capaz de serlo admite que se pueda romper la ley para reparar un atentado contra ella. Porque si Juan violó la ley contra mí, y yo la violo contra Juan, son dos violaciones y no una reparación del derecho.

Eso no obstante son ciudadanos eminentes de los Estados Unidos, son estadistas y gobernantes de esa gran nación, fundada

sobre el respeto profundo a la legalidad y hasta a su apariencia, los que han venido a Cuba a cambiar inopinadamente sus ideas y sentar un precedente que las contradice, que las niega.

¿Podemos conocer, entrever siquiera la causa? Me parece que sí. La causa radica en la situación económica de Cuba. Cuba, en parte por las condiciones en que se desenvuelve la industria moderna, en parte muy principal por nuestra culpa, por nuestra desidia y la importancia exagerada que hemos dado a los asuntos meramente políticos, no es ya una colonia, pero sigue siendo una tierra de explotación. Fué hasta ayer una factoría gobernada y explotada por España, es hoy una factoría gobernada por los cubanos y explotada por capitales extranjeros. Esos capitales, los cuatrocientos millones pertenecientes a americanos, ingleses, españoles y alemanes, empleados en centrales, en vegas, en fábricas de tabacos, en ferrocarriles, en empresas navieras, son la fuerza formidable que actúa en el fondo de este caos, la que ha traído la escuadra surta en nuestro puerto, y la que ha conducido por

la mano a los mediadores, para sentarlos como árbitros supremos entre los contendientes ciegos por la ira.

Esos árbitros no han venido, pues, a saber de qué parte está la razón, ni cuál de ellos cuenta con más votos, ni cual tiene aspiraciones más altas o prácticas políticas más puras; han venido a salvar la riqueza amenazada. A salvarla con la mayor rapidez posible y el minimum de intervención por la fuerza. Ahora bien, los sublevados tienen a su merced toda esa riqueza, parte directamente y a la mano, parte indirectamente, pero de un modo no menos seguro. Si nuestras condiciones económicas fueran normales, es decir, si la mayor parte de la propiedad mueble e inmueble estuviese en manos de los nativos, ni la intervención habría ocurrido hasta ahora, ni cuando ocurriera, caso de ocurrir, hubiera tomado las posiciones que en estos momentos.

Los sublevados, a sabiendas o no, han descubierto el talón de Aquiles de nuestra situación y amagan ese sitio vital. Para los enviados del presidente Roosevelt lo único importante es detener la mano que puede

asertar el golpe de muerte. Esta es, a mis ojos, la clave del enigma.

No sé si a los hombres previsores del partido en armas satisfará mucho que sea ello así. Pero el país en general, la masa enorme que trabaja y paga el impuesto y sufre la devastación, debe saber que por esta vez el talón estaba desnudo, pero que no faltará manera a nuestro tutor forzoso y forzado de procurar que no lo esté nunca más.

Hemos malgastado el tiempo en querrelas políticas, cuando se realizaba a nuestra vista esa invasión paulatina de la actividad económica de los extraños. En vez de acudir a luchar noblemente en ese campo, donde se libran las grandes batallas del mundo coetáneo; en vez de centuplicar nuestros esfuerzos, de aumentar nuestra pericia, de asociarnos para resistir mejor y pasar de la resistencia a la acción salvadora, hemos estado discutiendo formas de gobierno, disputándonos palmo a palmo posiciones políticas, repartiendo alegremente destinos, maquinando conspiraciones, y movilizándolo, por último, cuerpos de ejército de trescientos o

quinientos hombres, para dar al mundo el doloroso espectáculo que le estamos dando.

Entretanto la mayor fuerza social que hoy existe entre nosotros, y que no desarrollamos nosotros, la de los capitales extranjeros, ha logrado en pocos días, casi en horas, poner en acción la formidable máquina de defensa con que cuenta. Por ahora ésta se ha limitado a aplastar al gobierno del Sr. Estrada; y lo sustituirá por otro, el que tenga por conveniente. Sin perjuicio de tomar mañana las medidas que le parezcan necesarias, para no verse de nuevo en la desagradable necesidad de repetir la operación.

Así se liquidará nuestra primera revuelta. Los que se preocupan por el porvenir de los cubanos en su propia tierra asistirán con dolor, vergüenza y miedo a esa liquidación.

26 de septiembre, 1906.

¿ABRIREMOS LOS OJOS?

LA teoría marxista que hace depender toda la evolución social del factor económico no es sino la exageración de un hecho cierto. Las necesidades económicas y las actividades que éstas ponen en juego no constituyen el único motor de los complejos fenómenos que presenta una sociedad humana; pero sí están en la base de los más aparentes y decisivos.

A mis ojos, la causa más eficaz de la inestabilidad que presenta nuestro pueblo desde hace casi un siglo, ha de buscarse en su estructura económica y los cambios que ha sufrido y en la repercusión de ese hecho capital en los otros elementos de nuestra vida colectiva.

La Sociedad la cubana casi exclusivamente agrícola, al comenzar el siglo pasado, su mayor potencia económica radicaba en los nativos, que poseían la tierra y la utilizaban; y en sus manos y merced a su pericia

y actividad empezó la transformación que había de conducirla a su período industrial y mercantil. Pero el poder político no era suyo; lo poseía la burocracia militar y civil mantenida aquí por España. De allí una organización social mal equilibrada, que produjo las conspiraciones, revueltas e invasiones de la primera mitad del siglo y la gran insurrección de 1868. El elemento social que poseía la riqueza y la aplicaba al trabajo combatió por obtener los medios de dirigir la actividad colectiva. Al terminar la guerra de los diez años, el cubano había perdido la supremacía económica, y no había conseguido el poder político.

La última guerra, merced a la intervención decisiva de los Estados Unidos, le entregó al fin ese poder; pero no pudo devolverle la potencia económica. Nuestra contextura social resultaba así, aunque en otro sentido, igualmente mal equilibrada. Es verdad que aún poseíamos parte de la riqueza inmueble, pero precisamente la menos fructífera, la que menos contribuye a la creación de nueva riqueza, la que menos depende de la actividad e inteligencia del

poseedor, la propiedad urbana; y es verdad que éramos dueños nominales de buena parte del territorio, mas sin capital suficiente y tal como lo demandan las exigencias cada vez más premiosas de la industria agrícola moderna.

Por otra parte la transformación social que culminó en la emancipación de los esclavos tuvo por primera consecuencia la constitución de un numeroso proletariado campesino, en condiciones sumamente desfavorables para ser dirigido por las vías de un progreso económico normal. El antiguo siervo no ama, por lo general, la tierra, sobre la que ha penado miserablemente; y se convierte en bracero trashumante, solicitado siempre por el espejismo del pueblo y sus ocasiones engañosas de holganza.

La facultad de gobernarnos, con estas terribles desventajas a la vista, debió servirnos para estimularnos a abordar con juicio y perseverancia estos dos magnos problemas: devolver paulatinamente al nativo la preponderancia económica en su país, y fijar la población campesina a la tierra, para morigerarla y elevarla intelectualmente.

te. Esto no habría de conseguirse, desde luego, con leyes de exclusión y privilegio; sino con un atinado plan financiero y político; con la difusión de la cultura, sobre todo técnica; promoviendo la imparcialidad de la administración judicial; y no enconando las pasiones capaces de dividirnos.

No voy a repetir por centésima vez que de todo nos hemos preocupado, menos de esos altos fines, que no eran para nosotros materia de elección, sino de absoluta y apremiante necesidad. Porque de no hacerlo, como no lo hemos hecho, había de resultar, como ha resultado, más visible y más desfavorable para nosotros el desequilibrio que he señalado en nuestro mecanismo social.

La potencia económica, que no hemos tratado de reconquistar, está en otras manos; y ella es tal, por su naturaleza, que se aviene a la dirección política de otros elementos, mientras éstos no la perturban, no la menoscaban, ni contrarían su desarrollo; pero entra en pugna con ellos, y esa pugna les es fatal, en caso contrario. Ya he dicho en otra ocasión que esos grandes intereses

extraños, que representan la mayor actividad en nuestro suelo, son los que han traído la escuadra americana surta en nuestros puertos y el ejército americano, el ejército de "pacificación", que ocupa nuestros pueblos. Y ahora añadido que del mayor o menor tiempo que tarden esos grandes intereses en sentirse tranquilos y en estar seguros de nuestra cordura, dependerá que el plazo de la ocupación militar sea más o menos corto.

Advirtamos que cada día que pasa en este desasosiego público no sólo aleja ese plazo, sino que contribuye a debilitarnos más y más en lo económico, a disminuir nuestra resistencia en la pugna industrial, a colocarnos en situación casi desesperada para ganar el terreno perdido. Y si esto es así, resulta ofuscación inconcebible mantener la sorda agitación que se advierte por todas partes, los brotes de anarquía que se hacen visibles en tan distintos lugares, el encono y la furiosa hostilidad con que nos perseguimos, como si cada cubano fuera el enemigo natural de los otros cubanos.

DISCURSO

Sobre el capital extranjero, pronunciado en el Ateneo de la Habana, a instancias de la Asociación "Pro Cuba", el 8 de junio de 1911.

HE de comenzar por dirigir mi felicitación más sincera a los iniciadores de este debate. Es consolador para los que sienten las palpitaciones de nuestro pueblo, este espectáculo de un grupo de jóvenes, algunos recién salidos de las aulas, buscando solución a los problemas que a todos nos afectan, pero más especialmente a ellos, ya que para nosotros va rendida gran parte de la jornada. Ellos comienzan ahora, y es natural, y es plausible, que lo hagan fijándose en el problema fundamental. A esta generación, que con tantos bríos empieza, toca escudriñar el horizonte; y han de ver cómo

la riqueza va escapándose de nuestras manos. ¿Cómo no hemos de aplaudir el generoso esfuerzo con que procuran abarcar todo este complejo asunto, para prepararse a buscarle remedio?

Hemos oído, con gusto por mi parte, al orador que ha hablado en nombre de sus compañeros. Es natural que reconozcamos que le inspira un grande amor por Cuba y un gran temor por su porvenir incierto; y cuando tan espontáneamente manifiesta sus anhelos, justo es que le prestemos calor. A eso he venido a esta tribuna.

¿A abordar el problema en todas sus fases? Ni el tiempo ni las fuerzas me alcanzan. El tiempo digo, porque otros, por cierto llenos de competencia, saber y entusiasmo, vendrán a compartir la tarea. Y en cuanto a mis fuerzas, he de reconocer que ya se me hace penoso ocupar largo tiempo la tribuna.

Diré algo sobre este magno asunto, dejando los detalles a los que después de mí lo han de estudiar.

Es indudable que más de un aspecto peligroso presenta la situación actual cubana y especialmente la económica. Suele olvi-

darse, por los que tratan esta cuestión, la peculiarísima situación económica de Cuba. Peculiarísima, digo. Fijémonos un instante en nuestra estructura industrial. Producimos dos grandes artículos de comercio, de los que el más importante es hoy, sobre todo, no un artículo de lujo, sino de primera necesidad: el azúcar. El otro, que en importancia económica viene en pos, es un artículo de lujo, de consumo extenso, pero no necesario; y por el contrario, ganaría la salud si se suprimiera, y esto puede decirse sin temor: no hay que intranquilizarse por mis platónicas palabras.

Observaremos que lo que nuestro país produce son efectos que no pueden tener sino muy limitado consumo aquí, por lo escaso de la población. Producimos para exportar, empleamos todo nuestro esfuerzo en trabajar para el comercio exterior; y, en cambio, todo lo que es necesario para el consumo más rudimentario, como para el más elevado, el cubano necesita que se lo aporten. Cuba no produce ni siquiera lo más indispensable para sus necesidades en proporción que pueda satisfacer debida-

mente a una pequeña parte de sus habitantes. Un detalle: ¿creéis que los huevos que van a nuestra mesa son producidos por nuestras aves? En muy corta cantidad. Recibimos huevos, no ya de Norte América y de la vieja Europa, hasta de Africa, y si fuéramos examinando, que no lo haré, todo lo demás que consumimos, cuanto necesitamos para la vida, así corporal, como mental, veríamos que todo lo debemos a la importación.

Todo lo importamos, y pagamos estas importaciones con productos tan escasos que bastarían los números dígitos para enumerarlos.

Sostengo que ninguna otra comunidad de la importancia de Cuba se encuentra en tales condiciones. Algunas veces he oído, con estupor, comparar nuestra situación con la de Inglaterra, lo que prueba que ni somos modestos, ni tenemos ideas claras sobre el asunto. Inglaterra posee, no sólo un inmenso imperio colonial, no sólo una política arancelaria adecuada a su situación, sino una inmensa flota que le resguarda el camino del mar. El día en que cualquiera

de las demás escuadras pudiese equilibrar su fuerza naval, el problema cambiaría. ¿Qué paridad existe entre esta Isla, en la triste situación que con tanta claridad pintaba mi predecesor en esta tribuna, e Inglaterra? Vemos, pues, y este solo aspecto de nuestro problema económico hace que adquiera singular gravedad, que, si a lo dicho se añade cómo la población nativa ha ido perdiendo en el espacio de medio siglo casi todo su arraigo, su verdadero arraigo en la tierra que la sustenta, la situación ofrece tan serios peligros que deben poner espanto a cuantos se preocupen por nuestro porvenir.

Este país, que ha realizado tan cuantiosos y cruentos sacrificios por constituirse, se encuentra en la situación económica más grave que he podido ver en los pueblos en cuya historia se han fijado mis ojos. Hay un país americano donde parece ofrecerse igual peligro; aunque, en realidad, dista mucho de tener delante tan graves amenazas: la Argentina. La presencia de un extraordinario contingente de extranjeros, la posición de muchos de ellos en las más im-

portantes industrias, el esfuerzo de los que, sin llegar tan alto, han tomado posesión de la tierra, todo esto ofrece un aspecto semejante; pero no más que semejante, porque aún quedan grandes criadores de ganado argentino. Ellos tienen ahí una base formidable de defensa. No hay un peligro inmediato para el argentino; lo hay para el cubano.

Busquemos las fuentes de producción que hay en nuestras manos, y conste que las busco con empeño. Yo sé que hay muchos cubanos en el interior que trabajan y poseen fincas, pero esto no es más que un matiz de este sombrío cuadro. Las tierras verdaderamente productivas, las que menos han sufrido las consecuencias de nuestra imprevisora manera de cultivarlas, están en manos de extranjeros. Y sin que yo crea en absoluto que esto es un mal, no lo será en tanto que el cubano se dé cuenta de él y acuda, del único modo que puede acudir, en su propia defensa. Porque sí creo que el cubano debe procurar por todos los medios hacerles competencia. Yo no pretendo que de la noche a la mañana se haga competen-

cia a esos poderosos centrales; pero si se despiertan en el cubano la previsión, el espíritu de empresa y de asociación, utilizando su espíritu industrial que no es pequeño, su gran laboriosidad, estará en situación de no ver su posición económica con el espanto con que hoy tenemos que mirar el porvenir. Si el cubano no hace la guerra al capitalista extranjero con sus mismas armas, si no le opone la industria y la asociación, vano será su empeño. Para los pueblos no hay descanso, tampoco para los individuos. Después de medio siglo de luchas tenaces, un nuevo período de pugna se aproxima, no menor en intensidad que aquella con la cual se conquistó la independencia.

Y voy a decir, contrariando mucho mi particular manera de ser, porque no acostumbro disculparme, pero en razón a que pudiera aparecer mi actitud lo que está lejos de mi mente, esto es, oposición política, que yo no hago la oposición sino en su campo; y ésta es la casa de todos los cubanos, y lo que voy a decir interesa a todos los cubanos.

La gran aspiración económica del cubano, antes de la independencia, era tomar en su mano el Gobierno para reducir las cargas públicas. Nunca entró en la mente de aquellos hombres que los grandes gastos públicos son por sí solos indicios de prosperidad social; y no he llegado a comprender que sea sana política gastar o malgastar lo que a otros cuesta gran labor producir, que es la doctrina entronizada. Se dice: "es una inversión piadosa la que se realiza cuando se mantienen innumerables individuos, que, de otra suerte, estarían sumidos en la miseria. Quitamos de aquí para poner allá". Es la declaración oficial del derecho al parasitismo; y creo que nada es más ofensivo para un hombre que declararlo incapaz de sostenerse, esto es, parásito consuetudinario. Llenar las oficinas públicas con gente que estaría mejor empleando su inteligencia o sus músculos en otras faenas, es la peor política para pueblo alguno. Y en un pueblo pequeño, como el nuestro, una política suicida.

Se contesta a esto que las cargas públicas han crecido en todas partes, en Ingla-

terra, Francia, Alemania... Si yo fuera inglés, francés o alemán... consideraría este argumento, pero soy simplemente cubano, y de los cubanos arruinados, que no entienden que una mera distribución de lo obtenido por el impuesto, a guisa de socorro, resuelve el problema. Nuestro país ha debido mantener la más estricta economía. Y esto, entre otras razones, por el mismo origen de sus rentas públicas. La única fuente de ese dinero que alegremente se distribuye, consiste en lo que se reduce el haber de la parte más necesitada del pueblo cubano. Tenemos una gran bomba aspirante, la aduana, que se nutre de lo que ha de servir para alimentar, vestir, proveer de muebles y hasta construirle la casa al cubano pobre. Los grandes explotadores de la riqueza pública escapan muy bien, porque si el Ayuntamiento H vive de la contribución del ingenio vecino, éste le paga, pero desquitándose. El orador que me precedió hubo de referirse a los medios con que se explota a cuantos del ingenio dependen. Vese, pues, por esto poco que he dicho, sin que yo pretenda más que esbozar algunas de las ideas

fundamentales, que el problema planteado es el capital de nuestra existencia; y si estos animosos y decididos jóvenes se preocupan del estado actual de su país, es que ellos ven su situación inferior en su propia tierra y comprenden que los gastos públicos resultan en buena parte improductivos. No quiero privar de oír a quienes con tiempo, fuerzas y preparación han de tratar el tema. Pido que me disculpéis, por la sequedad de mis indicaciones. No es este el momento ni el lugar de hacer alardes retóricos.

He ahí cómo vemos el problema: propendamos a que el cubano, por los procedimientos del hombre moderno, por el trabajo, por la ciencia, por la previsión y la asociación conserve y afiance la posesión del suelo que se le va; y a que el gran regulador de la vida pública, el gobierno en su aspecto fiscal, aprenda que es el encargado de auxiliarlo en su gran obra de salvamento, y no elemento inconsciente de su ruina.

MANIFIESTO DE 1913

A MIS CORRELIGIONARIOS

RAZONES para mí de peso me obligan a dirigirme a mis amigos políticos, a pesar de encontrarse tan próxima la reunión de nuestra Junta Nacional, y precisamente por esta circunstancia.

Voy a tratar de mí mismo y de mi manera de pensar en asuntos que despiertan hoy gran interés; y no me parecía que puntos de vista personales fueran para llevados a una exposición general, como la que demanda la presencia de los delegados de todo el partido.

No es mi objeto defenderme, pues tengo la convicción de que mis actos responden, según mi leal saber y entender, a las obligaciones, bien poco complicadas, que imponen nuestros estatutos al presidente del Co-

mité Ejecutivo y de la Junta Nacional. Lo es exponer los principios a que he ajustado mi conducta; y contestar así a las diversas objeciones que últimamente se me han dirigido.

Mi manera fundamental de pensar estriba en lo siguiente: un partido tiene por fin gobernar, no administrar. Gobernar es aplicar principios, administrar es utilizar personas. Desde luego los que gobiernan son hombres y tienen que llevar a la práctica las ideas de su partido. Para eso y por eso los eligen los que profesan sus mismas opiniones y su misma manera de entender el manejo de los asuntos públicos.

Los conservadores hemos hecho hasta ahora obra de gobierno, propendiendo a mantener la paz pública, condición fundamental de nuestra existencia como nación, fiscalizando los actos de los gobernantes liberales, denunciando el despilfarro inconcebible de la hacienda pública, verdadera obra de inconscientes, la inseguridad de las personas, la violencia de las leyes, la intrusión de los fines puramente políticos en la designación de los jueces municipales;

tratando, en una palabra, de que se gobernara bien y en provecho de todos. Los conservadores, para asumir la dirección de la república, como la hemos asumido, hemos prometido al país obra de gobierno, por medio de la reducción de los gastos nacionales y su sana y atinada inversión; por la organización mejor y más eficiente de la fuerza pública; por el respeto pleno a las leyes y a la obediencia en los límites debidos a sus intérpretes; por la elección más atinada en lo posible de éstos; por las garantías dadas a toda libre y legítima manifestación de la actividad de los ciudadanos; en una palabra, procurando gobernar bien, y en provecho de todos.

La obra de administración es correlativa, pero es otra; y son otras las consideraciones en que ha de inspirarse el administrador. El punto capital aquí estriba en la idoneidad del funcionario. Hay que buscar o elegir al más apto para el puesto. No hablo de la moralidad, porque ésta se exige como base para toda función social. A este respecto no se debe perder de vista un instante que la responsabilidad del nombra-

miento es plena y entera del que nombra, del jefe, no del que recomienda. Responsabilidad exigible, no meramente moral. Por eso la tendencia moderna en los pueblos civilizados va en el sentido de comprender a los diversos empleados dentro de la Ley del Servicio Civil. El jefe, al nombrar para un empleo, no dispone de lo suyo, sino de lo del prócomún; es un administrador, temporal por tanto, y que ha de dar cuenta del ejercicio de sus facultades.

Los partidos tienen su amplia esfera de acción en las elecciones. Eligen; y entre sus elegidos, algunos lo son para que administren. ¿De acuerdo con sus electores? Sí, en cuanto a los principios que dirigen sus actos; pero nada más que en cuanto a los principios. Cuando el elector, por medio de juntas u otras reuniones análogas, pretende designar a los que han de ser nombrados por el que administra, invade un terreno que no le corresponde; se erige, sabiéndolo o sin saberlo, en poder irresponsable. Resucita, o pretende resucitar, el gobierno de los clubs, que hundieron en la sangre y el cieno

la primera república francesa, y abrieron torpemente el camino de la dictadura.

El partido conservador ha sabido hacer la oposición; le toca demostrar ahora que sabe gobernar. Para esto debe, en primer término, dejar administrar a los que tienen el deber de administrar.

Se dirá, como objeción capital, que la Ley del Servicio Civil ampara a los liberales. La ley ampara a los buenos empleados. A los que carecen de moralidad o de capacidad la Ley nos los ampara. Su objeto es purificar y hacer eficaces los servicios públicos. Aplíquese recta y justicieramente la ley, y nadie podrá quejarse con razón.

Estas ideas, tan antiguas en mí como mi dedicación a la vida pública, ni tienen originalidad alguna, ni pretenden ser exclusivas. Lo son para mí; pero, naturalmente, en nada obligan a los que no participan de ellas; y está en mí muy arraigado el respeto a los demás; para que me ofusque, me lastime o siquiera me ofenda otro modo de pensar, por radicalmente diverso que sea.

Reciban estas líneas mis correligionarios, como prueba de mi gran estimación

hacia ellos. Unidos por tantas ideas fundamentales, no ha de sorprender a los que no participen de las que he expuesto aquí, que mantenga y defienda las mías. Pero mantenerlas no es imponerlas. Ni tengo autoridad para hacerlo, ni afición a hacerlo.

Mas basta que haya algunos o muchos que disientan de los principios expuestos, para que me encuentre obligado, por razones claras de delicadeza en mí y de conveniencia de todos, a dejar mi puesto. Muchas personas de alta significación en el partido saben que desde antes de las elecciones lo tenía resuelto; y que había suspendido temporalmente mi resolución, para no embarazar, suscitando un asunto personal en medio de las grandes dificultades que hemos tenido delante, desde que se inició el período electoral hasta ahora. Si a las razones que a ello me movían se unen las que nacen del disentimiento a que me he referido, se comprenderá el firme propósito con que estoy decidido a renunciar el alto honor que me habían dispensado mis correligionarios.

No vean en ello signo alguno de disgusto, sino el deseo de que se mantenga firme la

unión entre los que dirigen y los dirigidos, sin abdicaciones de la conducta que se ha creído acertada.

Sólo me resta desear larga vida y tino para resolver las grandes dificultades de la hora presente a esta grande agrupación, que formamos para afianzar la república y hacer apetecibles a sus moradores la vida y el trabajo en Cuba.



INDICE

	PÁGS.
Introito	v
Martí y su obra política	1
El primer año de la revolución	29
En memoria de Macco. Discurso pronunciado en Chickering Hall, Nueva York	73
Discurso por la declaración de guerra de los Estados Unidos a España	79
El papel del país	87
El talón de Aquiles	93
¿Abriremos los ojos?	101
Discurso sobre el capital extranjero, pronunciado en el Ateneo de la Habana, a instancias de la Asociación "Pro-Cuba", el 8 de Junio de 1911	107
Manifiesto de 1913 a mis correligionarios	117

INDICE

.....	1
.....	7
.....	20
.....	27
.....	28
.....	87
.....	93
.....	101
.....	107
.....	117





Este cuaderno se distribuye gratis, como medio de divulgación cultural, por la Secretaría de Educación.

